
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LAS LLAVES DEL DIABLO
RALPH BARBY

«Obedeciendo un instinto sádico salvaje, sacó la lengua y lamió la sangre, notando su sabor dulzón. Inmediatamente, comenzó no sólo a escupir sino a vomitar la cena ingerida con anterioridad.

El cuerpo del ahorcado tocaba ligeramente la madera con sus pies. Ello era posible porque el violentísimo tirón de la soga casi le había arrancado la cabeza del tronco. Había separado la osamenta, reventando venas y arterias, nervios y tendones. Apenas se sostenía por unos músculos desgarrados hasta lo inverosímil. Aquellos músculos, empapados en la sangre que salpicaba en derredor, eran los que habían evitado que en vez de un ahorcado tuvieran un decapitado en el escenario».



Ralph Barby

Las llaves del Diablo

Bolsilibros: Selección Terror - 162

ePub r1.0
xico_weno 30.08.16

Título original: *Las llaves del Diablo*
Ralph Barby, 1976
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El teatro era mediano.

El público había llenado el patio de butacas gracias al lanzamiento publicitario que se había hecho de la obra a representar, una obra profunda, trascendental, a la par que interpretada con mucho desparpajo.

La intención de la obra y su original presentación era lo que había llevado público a la *première*; bueno, la mitad de los espectadores habían entrado con pases de favor, es decir, sin pasar por taquilla.

El manager de la compañía teatral no estaba muy seguro de que en aquella ocasión compensara los gastos. Él no creía demasiado en las obras profundas, simbólicas o trascendentales que se apartaban de la revista o de la comedia vodevilesca. Según él, esto último era lo que daba dinero y lo demás eran tonterías.

Para el manager Charrow, el arte consistía en abundancia de billetes y no creía en las corrientes teatrales avanzadas.

Sin embargo, Maurice Lawal, el joven e intelectual director del grupo, había logrado convencerle de que el teatro clásico agonizaba, que cada vez perdía más y más adeptos.

La gente prefería quedarse en su casa, encarada con la pantalla del televisor para ver un telefilme americano.

Charrow había tenido sus vacilaciones. Era cierto que en los últimos tiempos los taquillajes de las obras convencionales habían bajado.

Como se encontró que entre obra y obra convencional quedaba una semana libre, decidió dejarles el escenario al grupo teatral de vanguardia Life College, compuesto por un grupo de ex universitarios.

—¡Una semana y sólo daré el cincuenta por ciento de pases de

favor para la primera sesión! Si tenéis mala crítica, os vais al diablo y si al tercer día la obra no me renta beneficios, la retiro de cartel y no contéis más conmigo —les había dicho gruñendo, sin dejar de mascar su cigarro.

El grupo Life College constituido por ocho personajes (contando a su director, Maurice Lawal, que en muchas ocasiones actuaba en escena como un personaje más) había mirado con asco al gordo y grasiento Charrow, pero tuvieron que tragarse su desprecio colectivo, pues no les quedaba otro remedio que claudicar. Charrow tenía la llave que les permitía representar su obra, entregarse al arte, realizarse a sí mismos.

Después de visitar a su manager, se dirigieron a un *snack-bar* de baja estofa y devoraron sendos bocadillos de hamburguesa. Para pagarlos, vaciaron sus respectivos bolsillos sobre la mesa, frente a la mirada recelosa del propietario del establecimiento. De esta forma, habían reunido lo suficiente para pagar su cena, incluida la cerveza y dos paquetes de cigarrillos.

El grupo Life College no perdía su buen humor, aunque a simple vista, a juzgar por sus jerseys, pantalones, barbas y pelos sueltos y lacios, cualquiera hubiera opinado que la feria de la vida les iba bastante mal.

Por un agujero de la cortina controlaron el patio de butacas. Pese a que deseaban pasar por escépticos y que estaban de vuelta de todo, se hallaban muy nerviosos.

Al fin habían conseguido estrenar en un teatro importante, con más de setecientas butacas de platea; incluso, habían acudido reporteros gráficos, listos para tomar instantáneas de la *première*.

La obra a representar no era de nadie famoso ni conocido, en realidad era de todos ellos. El esqueleto de la misma era esencialmente de Maurice Lawal, pero parte de la obra tenía que salir sobre la marcha, espontáneamente. Aquello era imprescindible en una obra vanguardista. Había que actuar con espontaneidad, con frescura, al estilo del *jazz* y que, al propio tiempo, encajara con lo que hacían los compañeros.

En aquel teatro de vanguardia, los ensayos tenían poca efectividad, pues en cada ocasión la obra podía ser distinta o incluso dependía del humor con que la representaran.

En la obra elegida para enfrentarse con el gran público, Maurice

Lawal tenía un pequeño papel que le permitía pasar gran parte de la obra entre bambalinas, controlando a sus compañeros.

Maurice Lawal, alto, varonil, tenía los cabellos lacios, de un color cobrizo brillante que los hacía parecer metálicos. Usaba un largo bigote cuyo color, también cobrizo, resultaba algo más oscuro que en la cabeza y contrastaba con el azul claro de sus ojos.

Su cuerpo daba sensación de delgadez; sin embargo, sus hombros eran amplios y no usaba trucos, pues encima de la camiseta marinera sólo llevaba un jersey negro muy ajustado de cuello de tortuga.

Miró por las cortinas y vio a Charrow sentado en primera fila, saludando a algunas personas que tenía en derredor y que eran a los que normalmente untaban con billetes para que en los medios informativos dijera lo que a él más le interesaba.

Charrow no perdía de vista a nadie; incluso, al ojo de Maurice Lawal pues le hizo una seña con la mano, como indicándole que le estaba viendo y que todo iba bien. Decididamente, Charrow era un astuto zorro en aquel mundillo de la farándula.

—¿Vamos, Mary? —preguntó Maurice Lawal.

El escenario daba una sensación lóbrega, por los abundantes negros mates de su extraño y escaso decorado. Si se miraba hacia lo alto, se veían múltiples cables y cuerdas que para aquella función de vanguardia parecía que no serían utilizados.

Daba cierto desasosiego el féretro que había en mitad del escenario, en el lugar donde en las obras convencionales se colocaba el típico sofá. Aquel ataúd era una burla del sofá y de sus significados, entre ellos un teatro petrificado y arcaico.

Por un momento, Maurice Lawal pensó que si bien la obra no pretendía ser festiva sino todo lo contrario, podía caer en lo fúnebre, en lo desagradable.

Un ataúd podía causar hilaridad en un escenario, se corría ese riesgo, pero aquel ataúd no inspiraba risa precisamente. No, no inspiraba risa y sí una sensación de angustia y ansiedad.

Se preguntó a sí mismo si los espectadores también experimentarían aquella sensación de zozobra.

No tuvo tiempo de responderse, porque las tres chicas de la obra se le acercaron y le besaron las mejillas.

—Suerte, Maurice —dijeron al unísono, como si lo hubieran

ensayado.

Maurice las miró. Las tres eran jóvenes, pero muy distintas. Cada una de ellas tenía su figura y su carácter. Las reuniones entre ellas resultaban divertidas por los contrastes que en muchas ocasiones terminaban en auténticas batallas dialécticas.

—Y los compadres, ¿listos?

—Listo —asintió desde lejos uno de ellos, al que Maurice reconoció al instante como Maxim por su tono de voz.

También respondieron Pietro y Donald, pero faltó la voz de Hugo Foundling.

—Eh, ¿habéis visto a Hugo? —preguntó.

Colette respondía moviendo su cabeza negativamente.

Mary Gay, la más alta de las tres y que usaba el cabello más corto, a lo *garçon*, y vestía de forma casi masculina, dijo:

—No os preocupéis, ya sabéis que Hugo es un tipo raro, pero, al final, siempre llega a punto.

Ursula, la rubia *vamp* del grupo, opinó suficiente:

—Hugo es un chalado.

—Un radical nato, sea de lo que sea, de lo último que le cuentan. Lee una novela de Tolstoi y está un mes que no hay quien le aguante. Si lee a Kafka, se retuerce como el mismísimo Tony Perkins. Ni que hubiera pasado por el
Actor’s
Study —se burló Colette—. Cualquier día nos da el disgusto, ya lo veréis.

—Bueno, no empecemos —cortó Maurice Lawal—. Hugo Foundling entrará en escena en el momento justo. Ya sabéis que es muy sensitivo y receptivo. Ésa es la clave de su éxito.

—¿Qué éxito ni qué narices, Maurice? —Replicó Mary Gay ácida —. Si jamás ningún crítico ha hablado de Hugo. El día que lo hagan, escribirán su nombre en letras de molde, pero en la sección de esquelas necrológicas.

Mary Gay ignoraba en aquellos momentos que sus palabras iban a resultar proféticas.

Se situaron en escena.

Al poco, con una música lanzada a la sala desde un magnetófono, se levantó el telón. Se escucharon los aplausos de la clase de rigor. Charrow frunció el ceño, el público no se dejaba

arrastrar.

La verdad era que el escenario resultaba muy fúnebre y no inspiraba risa. Algo extraño se apoderó de la sala. Los actores comenzaron a ir de un lado a otro haciendo más mimo que empleando palabras. Se dejaban llevar por sus propios impulsos. Allí no había nadie acartonado. Pretendían llegar al espectador en una línea de sinceridad en sentimientos y expresión, aunque el público esperaba ver en el escenario las cosas más estrambóticas, pues según las opiniones *avant match* de los críticos, no se podían esperar más que absurdos en un teatro de lo absurdo.

Sin embargo, Maurice Lawal no perdía la esperanza de que el público terminara penetrando en los simbolismos de la obra. Sólo tenían una semana para demostrar al mundo lo que era un teatro nuevo, cómo se tenía que renovar el arte de Eurípides, Shakespeare y Lope de Vega.

El teatro, a lo largo de su historia, había ido quemando etapas. Tenía que renovarse o morir. Existía demasiada competencia con el cine y la televisión. Ambos sistemas tenían por madre y paridera al teatro, pero habían acabado devorándolo y si el teatro quería seguir adelante, tenía que hacer algo nuevo. Y el grupo Life College quería colaborar a intentarlo.

De súbito…

—¡Adiós, mundo de mierdaaaaa!

El grito fue lanzado desde algún rincón del escenario. El público rebulló en sus butacas. Ignoraban si aquello formaba parte de la obra o era el ex abrupto de algún tramoyista.

Aquellas palabras no sólo sorprendieron a los espectadores sino a los miembros del grupo teatral.

Ursula, la chica rubia y mona, la vamp del grupo, que había alzado la cabeza al oír la frase soez, lanzó un grito, un gritó espeluznante que caló hondo.

Todo parecía preparado para causar efecto, mas no era así.

Por el techo del escenario, cayendo desde lo alto, apareció una figura humana vestida con un sayal negro y el rostro cubierto por una máscara que representaba una calavera.

Lo desagradable fue que al extremo llevaba atada una soga. Antes de que la figura entre humana y fantástica, espectral sin duda alguna, tocara el suelo de tablas de madera, la cuerda pegó un tirón

brusco, como no dando más de sí, y el lazo corredizo se cerró alrededor de la garganta de aquel ser que quería representar la muerte, su propia muerte.

La caída se produjo desde una altura muy considerable. Ello hizo que el tirón de la soga resultara violentísimo, tanto que el cuerpo fantasmagórico brincó en el aire. Piernas y brazos se abrieron, revolotearon las faldas del sayal negro.

Los mocasines salieron despedidos. Uno de ellos dio en la cara de Mary Gay, el otro se fue contra el público. El grito de dolor de quien lo recibió se fundió con otros gritos de espanto.

Aquello no era una broma, era algo serio y grave, tan grave que pasaba a macabro.

Así le pareció al grueso y grasiento Charrow que se vio brutalmente salpicado de sangre. Hasta sus ojos se empaparon de una sangre espesa y rojinegra, una sangre que incluso se le pegó a la boca.

Obedeciendo un instinto sádico salvaje, sacó la lengua y lamió la sangre, notando su sabor dulzón. Inmediatamente, comenzó no sólo a escupir sino a vomitar la cena ingerida con anterioridad.

El cuerpo del ahorcado tocaba ligeramente la madera con sus pies. Ello era posible porque el violentísimo tirón de la soga casi le había arrancado la cabeza del tronco. Había separado la osamenta, reventando venas y arterias, nervios y tendones. Apenas se sostenía por unos músculos desgarrados y alongados hasta lo inverosímil. Aquellos músculos, empapados en la sangre que salpicaba en derredor, eran los que habían evitado que en vez de un ahorcado tuvieran un decapitado en el escenario.

Con el libreto de la obra en la mano, también salpicado de sangre, Maurice Lawal se metió en el escenario. Se acercó al rostro cubierto con carátula y se la arrancó.

—¡Hugo!

En la sala, además de gritos, hubo desmayos.

Maurice Lawal, impresionado y grave, dominó su estado de ánimo para ordenar:

—¡Abajo el telón!

CAPÍTULO II

Hacía frío. El cielo estaba cubierto por una espesa capa de nubes grises negruzcas que presagiaban nevada.

Pietro lo notaba en sus huesos; Pietro comía mucho y acusaba el frío, lo soportaba muy mal. Por eso allí, al borde de la fosa en el cementerio, sus dientes castañeteaban como si además de frío tuviera miedo.

Hugo Foundling iba a ser sepultado en un sector del cementerio destinado para los no creyentes. Allí había sectores para distintas creencias y credos religiosos, pero Hugo Foundling yacería entre los que no creían en nada o los que habían muerto como él, suicidándose.

Hugo Foundling había dejado la carta de rigor para el juez, exculpando a todos, conocidos y desconocidos, de su muerte, que escogía por voluntad propia. Culpaba al mundo de inspirarle náuseas, etcétera, etcétera. Al final pedía que su cuerpo no fuera incinerado. Expresaba su deseo de que la tierra lo absorbiera lentamente porque, según él, pertenecía a la tierra y quería reintegrarse a ella.

Oscurecía y comenzó a lloviznar aguanieve. Sin más ruido que el de las respiraciones ateridas y la pala cogiendo la tierra que era lanzada dentro de la fosa, en la cual yacía el féretro con el cadáver de Hugo, todos presenciaban el entierro.

Se abrieron varios paraguas. Dos de ellos, negros como alas de murciélago en la noche; otro de plástico transparente y el cuarto, rojo. Éste era el paraguas de Ursula, la chica vamp del grupo Life College.

El sepulturero se detuvo como si le dolieran los riñones. Llevaba un anorac muy largo, de nylon oscuro. Se colocó la capucha ocultando su cabello gris y en parte su rostro de piel amarilla

blancuzca, con barba y bigotes descuidados.

Se notaba que el dinero no le sobraba y cuando lo tenía, lo gastaba rápidamente en bebida. El alcoholismo se notaba en sus ojos enrojecidos.

—Oigan, ya pueden marchar si lo desean, de esto me encargo yo. Esta aguanieve es un fastidio, todo lo ensucia. Yo terminaré esto solo, claro que agradeceré que alguien me dé una propina. ¿Quién de ustedes es el familiar más allegado?

El sepulturero, acostumbrado a su labor, hablaba con naturalidad y desparpajo.

Los presentes se miraron entre sí y luego observaron al enterrador, quien comenzó a temer por su ingreso extra en aquel frío atardecer.

Maurice Lawal metió las manos en sus bolsillos y sacó unas cuantas monedas que entregó al viejo.

Éste, sólo por el tacto, contó las monedas en sus manos largas, huesudas, manchadas de una tierra que con el aguanieve se diluía, formando minúsculos riachuelos marrón oscuros que se deslizaban hacia las uñas y goteaban por ellas.

—No está mal, no está mal —aprobó—. No se preocupen más por él. Los que lo pasamos peor somos los que quedamos fuera de la fosa y no los de dentro, que ya han terminado de sufrir.

—¿Ah, sí? —Replicó Pietro—. Pues métase usted dentro y yo le taparé con la tierra.

—No, eso no. La vida, aunque sea mala, hay que vivirla. Si viene algo bueno, siempre compensa mil cosas malas.

Y comenzó a silbar, trabajando con macabra alegría. Las paladas de tierra se hicieron más rápidas.

El grupo que había acudido a dar la última despedida al compañero muerto se alejó de la fosa mientras se precipitaba sobre ellos el atardecer invernal. El aguanieve, silenciosa, sin viento, daba más sensación de soledad al cementerio.

Las cruces y lápidas se empapaban lentamente.

Ningún familiar de Hugo Foundling había acudido al cementerio, ninguno porque Hugo no los tenía. Había salido de una oscura inclusa. En sus circunstancias, era preferible no preguntarse quién había sido la madre y respecto al padre, seguro que ni la misma madre lo hubiera podido señalar.

Donald, que llevaba una espesa y cerrada barba, que era alto pero extremadamente delgado y que según todos tenía mala cara desde que había padecido hepatitis, gruñó:

—Todavía no me explico qué cosa le impulsó a hacer lo que hizo. La verdad es que estaba loco.

—¿Y aquí no estamos todos un poco locos? —preguntó Colette bajo su paraguas transparente, en el cual también se protegía Mary Gay.

—Nosotros, queridísima Colette —replicó Maxim, pequeño y refinado—, estamos locos, si no, ¿cómo seríamos tan diferentes a los demás mortales que componen esa masa que es la sociedad y que hace «muuuuu»?

—Yo creo —intervino Pietro— que si decimos que los demás son idiotas, borregos o vacas, lo que queráis, y que nosotros somos unos incomprendidos y que estamos algo locos, teniendo en cuenta que eso de «loco», según se diga da importancia, tiene una simple y llana explicación. Bueno, no sé si me hago un lío, pero trato de decir que a mí me parece que estamos juntos porque todos tenemos el mismo defecto y no la misma virtud.

—¿Y cuál es ese defecto? —preguntó Ursula, protegida con su paraguas rojo, bajo el cual brillaba su impresionante cabellera rubio platino.

—¿Cuál va a ser, preciosa? Aunque a ti, si te diera la gana, no lo padecerías con esa anatomía que te gastas. En fin —suspiró—, la causa es el dinero, cochino y maldito dinero. *Porca vida*… Lo que nosotros hacemos no lo entiende nadie, en ocasiones creo que ni nosotros mismos.

—Si vas con esas convicciones, jamás podrás dar el cien por cien en tus interpretaciones —objetó Maurice Lawal.

—Desengáñate, Maurice, quien ha interpretado al cien por cien ha sido Hugo y ya ves dónde está ahora.

Colette, sin dejar de caminar sobre la gravilla que crujía bajo sus zapatos, opinó.

—Su mente mezclaba la fantasía con la realidad. Quizá la obra le impresionó demasiado. De todos modos, jamás sabremos si estaba lúcido o no cuando tomó la fatal y trágica determinación.

—¡Eh, mirad, ahí está Charrow! —Casi gritó Maxim.

Efectivamente, Charrow aguardaba frente a la entrada del

cementerio, a bordo de su lujoso automóvil y con la ventanilla bajada.

Tenía la luz interior encendida y sonaba una música alegre que escapaba de su radio-cassette.

El grupo de jóvenes amigos del teatro se le acercó, sin que el manager saliera del coche para recibirles.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Charrow para romper el hielo.

Maurice Lawal le respondió algo hosco:

—¿Cómo va a ir? A los muertos se les mete en una caja, luego se abre una fosa, se les coloca dentro y se les echa tierra encima, nada más.

—Bueno, muchachos, yo no lo he matado. Estáis locos pero llegasteis a convencerme, cosa que nunca debí permitir. He tenido un violento altercado con el propietario del teatro. Habréis leído cómo os han dejado los periódicos de esta mañana, ¿verdad?

—Sí, muy mal, pero no es la primera vez que muere alguien en escena —replicó Maurice, que llevaba la voz representante del grupo.

—Meteos en la cabeza que fue abominable y repugnante, yo mismo quedé salpicado de sangre. Todo lo que han escrito sobre vosotros es cierto. En fin, he tenido que cancelar vuestro contrato.

Donald, muy molesto, inquirió:

—¿Cómo, no nos da opción a representar la obra ningún día?

—¿Qué le pasa, gordo? —Preguntó Pietro, palmeando el techo del automóvil y mojándose la mano—. ¿Le molesta no haberse enriquecido también con nosotros? ¡Nosotros hacemos arte! ¿Lo ha entendido? ¡Arte!

—Ya está bien de golpear el coche y para que no vayáis gruñendo por ahí sin razón, tomad, esto es lo que os corresponde del taquillaje. Las entradas se pusieron a disposición del público, pero casi nadie quiso recuperar su dinero.

—Será porque les gustó el espectáculo, gordo. Si usted todavía no comprende al público… ¡Quiere sangre, mucha sangre! —gritó Donald como un poseso bajo el agua-nieve que caía lánguida sobre ellos—. ¡Es como el circo romano, como las carreras de automóviles! Si no hay alguien que revienta y queda descuartizado, la gente se va frustrada, frustrada, frustrada…

Golpeó también el techo del automóvil y los demás le imitaron,

gritando a coro, todos menos Maurice, que tomó el sobre con el dinero. Por unos momentos tuvo deseos de arrojarlo a la cara de Charrow, pero se contuvo. Aquel dinero les hacía falta. Alguien en el grupo tenía que ser práctico.

—¡Chalados, más que chalados! —Chilló Charrow—. ¡Buscaos otro manager!

Dando gas a su lujoso y potente automóvil, se alejó rápido, dejándolos atrás en la puerta del cementerio.

A distancia, el grupo siguió gritándole improperios. Al final acabaron riendo entre ellos hasta que Maurice cortó la espontánea juerga.

—¡Basta! ¿Ya os habéis olvidado de Hugo?

—Hugo está muerto, Maurice, muerto y enterrado. Hace poco, sólo minutos, pero nosotros seguimos vivos. Ya lo has visto, Maurice, nosotros tratamos de hacer arte y es ese tipo gordo y grasiento el que se enriquece… Y yo que tengo la ilusión de ser un día tan gordo como él, pero no gordo a base de papas, garbanzos o espaguetis… Gordo a base de buenos filetes, langostas…

—A ver si te callas, Pietro —le cortó Mary Gay—, que yo no como a tu estilo pero también tengo hambre.

—Con lo que Maurice tiene en la mano podemos tomar una espléndida cena. Brindaremos por el compañero desaparecido, a él le hubiera gustado, ya sabéis que era un tipo raro, tan raro como nosotros. —Y se echó a reír.

Maurice acabó riendo también, la situación no se podía tomar de otra forma.

Después de todo, ellos no eran sujetos vulgares. Así lo habían dejado patente todos los periódicos que habían publicado una reseña de la trágica noche del estreno.

—Tengo frío —se quejó Ursula, estremeciéndose ostensiblemente.

—Pues, ¿a qué esperamos? ¡Subamos a nuestro catafalco rodante! —gritó Donald.

Para sus traslados, el grupo teatral utilizaba un viejo y herrumbroso microbús «Volkswagen». Maurice Lawal se puso al volante. Aquel cacharro les cumplía, pese a estar lejos de todo lujo, muy lejos del caro automóvil de Charrow.

Dentro del vehículo escaparon a la gelidez del aguanieve que

trataba de empaparles y se alejaron de las sombras del cementerio donde un sepulturero silbador se apuraba en terminar su trabajo.

—¿Adónde queréis ir? —Preguntó Maurice—. Por el teatro no merece la pena pasar; total, sólo hay que recoger cuatro tablas pintadas de negro y un ataúd.

Donald repuso:

—He leído en alguna parte que hay un congreso de brujería en Grey Park.

—¿Habéis oído? Pretende que vayamos a un congreso de brujería… ¿Acaso somos brujos nosotros? —preguntó Maxim.

—¿Y por qué no? —inquirió Pietro con su voz potente, de hombre acostumbrado a hablar en tono alto sin importarle que los demás pudieran oírle—. Eso no está nada mal. Es como una feria, ya sabéis, hay tenderetes de *hot-dogs*, hamburguesas, cerveza, *pizzas*. Creo que lo podemos pasar bien y de paso escucharemos las burradas que nos quieran contar esos aprendices de brujos que quieren retornar a nuestra evolucionada civilización al oscuro Medioevo, rindiendo culto a Satán.

—A lo mejor hacen concurso de *Miss* Bruja y yo me presentó —ironizó Ursula—. Podríamos utilizarlo de reclamo publicitario.

Por su parte, Colette dijo:

—A mí esas cosas no me gustan.

Mary Gay le preguntó:

—¿Es que tú crees en brujerías y en toda esa cadena de supersticiones?

—No, no es que crea.

—¡Sí, crees! Si no creyeras no tendrías miedo —objetó Maxim, burlón.

—No es eso, lo que ocurre es que entre esas gentes que se consideran brujos o quienes les bailan las gracias, se esconden locos, locos peligrosos. No les creo capaces de ningún poder sobrenatural, pero no me extrañaría que cometieran barbaridades al estilo de la matanza de Sharon Tate y otras similares. Hay sádicos que sólo necesitan un pretexto para matar.

—Sucede como en la guerra —opinó Donald—. Hay quien no tiene más remedio que ir a ella y los hay que disfrutan matando. Son locos, es cierto, pero puede resultar divertida esa feria y como

no tenemos nada mejor que hacer…

—¿Qué, hay mayoría? —preguntó Maurice al volante del microbús, tratando de olvidar que de no ser por la estúpida tragedia de Hugo Foundling, ahora estarían actuando en el Black Theatre.

Hubo una aprobación general y Maurice condujo el microbús en dirección al Grey Park.

Mary Gay opinó.

—Yo tengo sueño. Los entierros me bajan la moral y me da por dormir. Así, cuando despierto al día siguiente, he recuperado mi moral alta, pero si queréis una noche de juerga, vamos por ella.

—¡Bien dicho! —Aplaudió Pietro, que se las prometía muy felices—. A esos congresos acude gente de todas partes y como nadie los considera cosa seria, sino típica y casi folklórica, no les prestan ningún salón de actos rimbombante. Han de instalar sus *roulottes*, una carpa como sala de actos y sus tenderetes, donde cada cual vende sus ungüentos y pócimas más apreciadas, sin revelar jamás la fórmula. Eso es indispensable, de lo contrario, alguna casa de cosméticos podría quitársela, envasarla en botellitas azules muy talladitas y con el nombre de «Suaves y eróticas noches de París» o «Nieblas afrodisíacas de Viena», se forraban.

—Anda, Pietro, cierra la bocaza que tienes, sólo sirves para comer —reprochó Mary Gay.

—Y para hacer el amor. ¿No es cierto, Ursula?

—Si esperas que te bese, vas listo, Pietro.

—¿Por qué voy listo, acaso no soy un hombre como los demás? ¿Tengo orejas de vampiro famélico? Anda, dilo, dilo de una vez. Es porque no tengo un «Mercedes Benz», ¿verdad? Después de todo, aquí nadie tiene un coche como el de ese escurre idiotas de Charrow.

Cuando llegaron a Grey Park, ubicado en el extremo este de la ciudad, muy cerca del gran nudo ferroviario, ya no lloviznaba, pero el suelo estaba sucio y mojado. La nieve no había cuajado en parte alguna.

Aquel distrito de la ciudad era de lo más feo e insalubre.

Allí arribaban los trenes de mercancías y eran descargados. Había almacenes cerca e incluso algunas pequeñas fábricas que polucionaban el medio ambiente. Por ello, al parque que estaba en aquel sector se le llamaba Gris.

El recinto no tenía cerco y una vigilancia escasa; por ello, cuando había una especie de feria como la del congreso de brujería, se instalaban allí viajeros trashumantes que celebraban reuniones de hermandad. Cuando les caducaba el permiso, ponían los motores en marcha y se alejaban en otra dirección.

El congreso de brujería había tratado de entrar en la ciudad con prestigio, pero la Asociación de Parapsicólogos local había boicoteado el congreso, de modo que había quedado reducido a una simple feria de curiosidades, sin valor trascendente alguno.

Sin embargo, allí habían acudido fotógrafos y periodistas de la televisión. No dejaba de tener una nota de color y las entrevistas podían resultar enigmáticas o sorprendentes.

Maurice Lawal introdujo su microbús dentro del Grey Park y buscó un lugar donde aparcar entre las *roulottes* y rancheras allí estacionadas. Nada más llegar fueron observados con curiosidad. Era una fría y mala noche. Había acudido muy poca gente y los que allí estaban, tenían como base y fundamento de su congreso, el mejorar sus economías particulares con los incautos que se acercaban con aire escéptico y sarcástico, pero que siempre acababan llevándose algo que les había interesado o llamado la atención y que ocultaban en el fondo de uno de sus bolsillos para que nadie lo descubriera.

La afición a los amuletos, ungüentos y pócimas (especialmente si tenían propiedades afrodisíacas) no se había perdido y seguía siendo negocio para el que lo fabricaba y lo vendía.

Aquella noche no había público. No era una noche sabatina, noche especial para los allí congregados, pues podían celebrar ceremonias más o menos grotescas que se ofrecían como espectáculo a los curiosos y morbosos que allí acudían.

Los tenderetes de cartománticos, nigrománticos, astrólogos, etcétera, estaban cerrados. Todo aquello tenía más aire circense que de congreso.

—Eh, Pietro, ¿dónde están los chiringuitos con bocadillos? —preguntó Mary Gray.

—Por lo visto han cerrado por falta de público —repuso Pietro, metiendo sus ateridas manos en los bolsillos del anorac.

—Vamos a darnos una vuelta por si encontramos algo interesante —propuso Maurice—. Quizá por el olfato lleguemos a

algún lugar donde nos sirvan una comida embrujada.

—Eh, esto se acaba aquí. Ahí delante sólo hay árboles y paseos. Con este frío, a estas horas y todo oscuro, no creo que debamos continuar.

—¿Qué te pasa, Maxim, ahora eres tú quien tiene miedo? —se burló Donald.

—¿Miedo yo? Vamos, desafío a cualquiera a corretear por ahí a oscuras. ¡Estamos en el parque de las brujas! —gritó, casi ululando en su última palabra.

—Ahí delante, entre los árboles, hay como una caseta de feria.

Todos miraron hacia donde Mary Gay señalaba.

—Vamos hasta allí y luego volvemos —aprobó Maurice.

—Sólo faltaría que esos críticos anacrónicos que nos han puesto verdinegros en sus periodicuchos, nos vieran aquí ahora después de asistir al entierro de un compañero.

—Dirían que somos fúnebres —opinó Colette—. Y tendrían razón. Vámonos ya. Podemos tomar algo caliente y luego, a dormir a nuestro refugio. Mañana hablaremos. A lo mejor nos contratan en otra ciudad menos importante.

—Antes tendremos que buscar otro manager —puntualizó Pietro.

Se alejaron de lo que constituía el campamento de los congresistas de brujería.

Caminaron sobre la tierra mojada que casi formaba barrizales en algunos puntos y se dirigieron a la extraña y solitaria caseta, apartada de las demás por voluntad de su propietario o expreso deseo de los otros congresistas.

—¡Eh, mirad, eso sí que funciona! Tenemos al mismísimo diablo en la puerta y cornudo y todo —gritó festivamente Pietro.

Colette experimentó una desagradable sensación ante lo que veía y estuvo segura de que no era nada bueno, que podía traerles pésimas consecuencias. Por ello, dijo:

—Vámonos, vámonos de aquí. Este campamento de pseudobrujos es una estupidez, sólo apto para palurdos supersticiosos.

—No, no nos vamos, ahora hemos encontrado algo que puede ser divertido —objetó Pietro con su habitual tono alto de voz—. Fijaos, por la boca del diablo sale un humo amarillento, como de

azufre, y sus ojos se vuelven rojos…

Colette no pudo hacer nada por retroceder. Todos la empujaron hacia lo que semejaba una caseta de feriantes y que ella estaba segura, por una singular corazonada, que era mucho más que eso.

CAPÍTULO III

La caseta estaba metida prácticamente entre los árboles, bajo el follaje de sus frondosas copas. Era de madera y sólo su fachada principal, que poseía un pequeño porche, estaba iluminada con luces cuya procedencia era difícil descubrir, luces que daban tonos verdosos, rojos y morados.

La decoración quería dar idea de unas grutas infernales y el efecto estaba bastante conseguido.

Simuladas sombras humanas se retorcían como de dolor, pero sólo eran sombras, apenas esquematizadas. Unicamente había una figura clara y definida: Era aquel diablo muy alto, como de dos metros y medio o algo más. Su rostro tenía aspecto de chivo maligno. Barba puntiaguda, ojos saltones y enrojecidos, cuernillos frontales y unos dientes que más parecían colmillos de fiera.

Le cubría una larga capa negra que llegaba hasta sus pies, similares a pezuñas. Aquel diablo semejaba sacado de un óleo medieval.

—Bienvenidos a la embajada del infierno, estúpidos mortales. Pasad y seréis bien recibidos —les saludó con voz profunda y quejumbrosa, como si procediera del interior de retorcidas grutas.

—Por lo menos, esta barraca funciona —comentó Maurice.

—A mí, este muñeco no me gusta —dijo la bella Ursula, atiplándosele la voz más de lo normal.

—¿Temes que te atrape por la cintura y se te lleve a una de sus grutas para hablarte de amor? —preguntó Pietro, ampulosamente socarrón.

—Cállate, idiota —le replicó la rubia, evidentemente molesta.

Colette insistió:

—Esto no me gusta, prefiero marcharme.

Aquel diablo movió su cabeza, girando su cuello por delante del

alto y tieso cuello de la capa que le daba un aire más maligno.

—Pues yo no me marcho de aquí hasta que veamos cuál es la diversión que ofrecen ahí dentro.

Ante la determinación de Pietro, Donald se sumó a ella.

—Total, vamos a perder cinco minutos, nada más. Después nos marchamos.

—Será una caseta de ésas en que todo consiste en andar por corredores estrechos donde suenan bocinas cuando pisas determinada tabla, se encienden focos o cuelgan cuerdas que te rozan la cara como si fueran arañas que pendieran del techo. Cosa de niños —opinó Maurice Lawal.

—Después de todo, no es malo volverse niños durante un rato.

—Maxim tiene razón —corroboró Mary Gay—. Y creo que si lo sometemos a votación tendremos que entrar.

Colette no replicó, pero en su semblante se adivinaba un profundo recelo, como si tuviera una mala precognición. Pietro se le acercó, tomándola por el hombro.

—Divina criatura, hija de Eva y Venus, si sólo es un muñeco electrónico. Está ahí con una cinta magnetofónica en la barriga que hace el reclamo sonoro. Si quieres, le subo las faldas y verás el esqueleto metálico que lo sostiene.

Pietro hizo ademán de levantar la ropa del diablo. Colette se negó rotundamente a mirar.

—No lo hagas, parece como si nos estuviera observando.

—Es cierto —asintió Ursula—. Parece mirarnos con esos ojos de loco erótico.

—Y dale, tú siempre pensando en lo mismo —le dijo Pietro—. Debes de estar frustrada porque no te raptan.

—No digas idioteces, Pietro. Ese diablo nos está mirando dé verdad.

Maurice, más tecnicista, opinó:

—Puede que sus ojos sean células fotoeléctricas. No sería extraño que nos estuviera mirando de verdad, pero es sólo un artilugio electrónico. Eso no es nada nuevo. En cualquier exposición internacional de electrónica pueden presentar muñecos electrónicos que te miren.

Todos, excepto Colette, quedaron convencidos de que se trataba de una especie de robot utilizado como reclamo en la barraca de

feria.

—Soy el acólito del Príncipe de las Tinieblas. Estoy aquí para ofreceros los placeres, las maravillas que deseéis y codiciáis. Sólo os costará cinco chelines. Cada uno de vosotros deberá depositar cinco chelines en el automático que hay junto a la puerta antes de entrar.

—¿Habéis oído al discípulo de Satán? ¡Nos pide cinco chelines! —se mofó Donald.

—¿Qué, Colette, te tranquilizas ahora? Ya ves que es un diablo muy interesado, pide cinco chelines a cambio de lo que nos ofrece dentro de la barraca.

—Parece una trampa muy bien urdida. Si no pidiera nada, sería sospechoso, pero si cobra cinco chelines…

—Eres más suspicaz de lo que a simple vista parece, Colette —se asombró Maxim—. Reconozco que a mí tampoco me hacía mucha gracia, pero por cinco chelines por barba, podemos pasarlo bien. A lo mejor nos ofrece un sensacional *exciting*. Debemos tener en cuenta que esta barraca no la han llevado a un parque de atracciones vulgar y corriente, sino a un congreso de brujería.

Maurice, algo despectivo, comentó:

—No sé a quién se le habrá ocurrido dar a esta reunión de tipos raros el apelativo de «congreso». Es lógico que nadie lo aceptase, ni los espiritistas reconocidos ni los parapsicólogos o toda esa gente que le ha dado por zambullirse en las ciencias ocultas y los hermetismos, como si desearan retornar al Medioevo escapando a la civilización tecnológica.

—Caramba, Maurice, por poco te sale un discurso electoral —bromeó Mary Gay.

—Si lo suelta delante de las *roulottes* de los que han acampado aquí, a lo peor lo lapidan.

—¡Adelante, adelante, cinco chelines y os encontraréis con vosotros mismos! Descubriréis las sensaciones más ignoradas y recónditas que anidan dentro de vuestras mentes, jamás habréis visto nada similar.

—Hagamos caso al robot luciferino —dijo Pietro, adelantándose. Subió al entarimado de la entrada para dirigirse a la puerta, pero se detuvo y volviéndose hacia Maurice, pidió—: Eh, dame mis cinco chelines. Tú, además del director, eres el tesorero.

—Bien, veamos qué nos ofrece este acólito de Satán —dijo

Maurice, tomándoselo a broma pese a la soledad del lugar.

El resto de los acampados quedaban lejos de allí, tan lejos que ya no se veían e incluso semejaba que hubieran apagado las luces de sus casitas rodantes.

El grupo teatral Life College, se hallaba a solas dentro del oscuro y abandonado parque rodeado de sombras, con el suelo húmedo y frío por el aguanieve caída.

Maurice introdujo los treinta y cinco chelines en el buzón de la entrada. Después, en fila india, penetraron por un angosto y oscuro corredor que simulaba la entrada de una siniestra gruta.

Había bastante realismo en todo aquello, pues hasta el suelo era irregular.

El corredor, que simulaba el interior de una caverna, dobló en trescientos sesenta grados y se prolongó unas cuantas yardas más. Tomó a doblar y el grupo, que avanzaba tanteando las paredes, pues no había luces, comenzó a hacer bromas y a lanzar gritos, como si hubiera vampiros o demonios.

Las chicas chillaron también, dejándose arrastrar por el ambiente.

Maxim se golpeó la rodilla contra una supuesta roca. Dio un respingo de dolor y encendió su mechero.

—Eh, que estas rocas no son de cartón-piedra, sino de piedra auténtica, van a tener que operarme del menisco.

Al mirar la pared, gracias a la tenue llama de su encendedor, lanzó un grito que retumbó en los corredores.

—¿Qué te pasa, idiota? —le interrogó Donald.

—¡En la pared hay una cara, una cara, es la cara de Hugo!

—¿La cara de Hugo, estás loco? —Gruñó Maurice.

—Eso, eso, está loco. Este Maxim tiene más miedo que las chicas —se burló Pietro, acercándosele como pudo, pues el túnel era muy estrecho.

—Enciende de nuevo el mechero —le pidió Donald.

Quien accionó su mechero fue Maurice. Las tres muchachas estaban tensas. Mary Gay musitó:

—Esa clase de bromas son de muy mal gusto, Maxim.

—¡Lo he visto, os lo juro, lo he visto! —repitió Maxim, al borde del histerismo.

—¡Salgamos, salgamos de aquí! —Exclamó Colette—. ¡Yo sabía

que esto iba a ser desagradable!

—Mirad, no es el espectro de Hugo como ha dicho Maxim. Es sólo una calavera colocada en este hueco de la falsa roca —aclaró Maurice, alargando su mano hacia la amarillenta calavera. Sus cuencas se veían negras por lo vacías.

Colette suplicó:

—¡No la toques, Maurice!

—¿Por qué? Si será de yeso o de plástico. Las ponen en todas las barracas de este tipo para asustar un poco a los mojigatos. Mirad…

La tomó en su mano, sacándola del hueco que había en la pared, y la mostró a sus compañeros.

Dando una palmada en el hombro de Maxim, Pietro preguntó:

—¿Cómo has podido confundir esta calavera con el rostro de Hugo, o es que has pretendido hacerte el gracioso?

—Os juro que no he querido gastaros ninguna broma. Me ha parecido ver la cara de Hugo.

—Si no fuera porque has estado en el cementerio con nosotros, diría que te has llenado el estómago de *whisky* —le reprochó Donald.

—Eh, Maurice, ¿de qué es, de plástico o de yeso?

Maurice la examinó a la luz del mechero. Después, sin decir nada, volvió a depositarla en el hueco del muro.

—Sigamos.

—Espera —le pidió Colette.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Ursula, arrebujándose en su abrigo de piel sintética que imitaba a marta cebellina.

—Maurice, no has dicho de qué es la calavera.

—¿Y qué importa eso? Anda, sigamos adelante.

Colette, cada vez más nerviosa, insistió:

—Maurice, tú no mientes nunca. Es de verdad, ¿no es cierto?

—¿Quién soy yo para determinar, a la luz de un mechero, si es de verdad o no? Podría estar hecha de pasta de hueso molida; luego la mezclan con una cola aglomerante y la vierten en moldes, lo mismo que hacen con madera molida para imitar tallas costosas. De esta forma, utilizando moldes, lo que valdría mil libras pueden venderlo a lo sumo por cincuenta, siempre que no haya quien pique y pague las mil por una burda imitación.

—Pero, tú crees que es auténtica, ¿no es cierto?

—Está bien, me lo ha parecido. ¿Satisfecha?

—¡Yo quiero irme de aquí! —Casi gritó Ursula, Estaba asustada, todos se dieron cuenta de ello y Pietro intentó contemporizar.

—Eso carece de importancia, la habrán sacado de algún cementerio abandonado. Eso lo hacen muchos, hasta los estudiantes de medicina. Alguna de esa gente aficionada a la brujería se mete en los cementerios a excavar como buitres y se llevan lo que encuentran como si fueran trofeos.

—Pietro, no seas desagradable —le pidió Colette.

—¡Demonios! Si hablo de espaguetis, tengo que callarme; si le pido a Ursula que venga conmigo, tengo que callarme; si digo que estos aficionados a la brujería recogen huesos humanos en los cementerios, también tengo que callarme… ¡Si eso lo hacen hasta los *hippies* para labrar amuletos que luego venden a los burguesitos!

—Sigamos, a ver qué más encontramos —propuso Donald.

—Yo prefiero salir —dijo Colette, resuelta.

Se filtró junto a Maurice y Maxim. Dio tres pasos pero se topó con un muro que le cerraba la salida.

—¿Qué es esto? ¡No puedo pasar, no puedo pasar por donde acabamos de llegar todos!

—No te pongas histérica, Colette —reprochó Pietro—. Eso es normal en estas casas supuestamente encantadas, ahí está su gracia. Entras por un corredor, después quieres retroceder y no puedes. Puertas falsas, dobles corredores.

—Pietro tiene razón —apoyó Maurice—. Están ideados para que perdamos el sentido de la orientación y nos hacen creer que son más largos de lo que son en realidad. Están basados en el esquema de los laberintos, pero con más decoración para impresionar. Ya que estamos dentro, sigamos hasta el final.

—Está bien, pero no me gusta. No hemos debido entrar.

—No sabía que todos fuerais tan asustadizos —voceó Pietro.

Su voz halló insólitos ecos en aquella retorcida gruta artificial.

Prosiguieron el avance, dejando atrás la calavera descubierta al azar por Maxim al encender su mechero de gas.

Pietro bromeaba en voz alta y emitía ruidos raros con la boca. Todos terminaron preguntándose si aquellos ruidos salían en su totalidad de la garganta de Pietro o había algún otro ser que los producía, burlándose de ellos.

Continuaron avanzando por los abruptos pasillos, tanteando con las manos.

Todos se percataron de que la temperatura aumentaba, a la vez que llegaba hasta ellos un desagradable olor a azufre, mezclado con hediondez de cloaca.

Maurice comentó:

—Han pensado en todo.

—Me estorba el abrigo —declaró Ursula.

Pietro, el más jocoso del grupo, se ofreció:

—Si quieres, te lo quito yo.

—¡Estate quieto, no me pases las manos por encima! —protestó la rubia.

—¡Si no te toco!

—¿Ah, no? Entonces, ¿quién es el sinvergüenza que se ha atrevido?

Nadie contestó. Ursula dio un bufido y luego comentó:

—El que haya sido tiene las manos muy calientes y le advierto que llevo un alfiler preparado. Si vuelve a tocarme, se lo clavo hasta los huesos.

—Pincha, pincha, como yo no te he tocado —bromeó Pietro, mientras seguían avanzando.

—¡Ya está, te he pinchado! —gritó Ursula, triunfante. Mas, no se escuchó ningún respingo o gemido de dolor.

—Anda, no eches faroles —le dijo Donald.

—Uf, esto se está haciendo aburrido. No veo nada. A lo mejor, si tuviéramos una linterna, veía más calaveras —suspiró Pietro.

De súbito, entraron en una amplia sala que tenía la misma decoración de los pasadizos.

En su techo daba la sensación de perderse la vista humana. Se veía negro, como si la altura fuera realmente impresionante, como si ellos hubieran descendido cientos de metros hacia el interior de la tierra, lo cual era imposible.

En medio de la sala, que no se podía discernir con qué luz estaba iluminada, había una recia mesa que era exactamente media circunferencia. Alrededor de la parte curva había siete sillas de hierro forjado, con respaldos muy altos y retorcidos.

Las singulares sillas estaban colocadas frente a un gran espejo que se hallaba al fondo de un hueco en la pared rocosa. Parecía una

pantalla hundida en la roca, una pantalla en la que podían verse ellos, mas sólo vieron un fuego, unas llamas de altura variable que como máximo llegaban hasta la mitad del enorme e irregular espejo, perfectamente encajado en la piedra que le servía de marco.

Todos quedaron impresionados por el lugar que tenía un aire viciado, maloliente, con sabor a azufre quemado. Pero, estaban allí y el espectáculo sólo había hecho que comenzar.

CAPÍTULO IV

—¿Qué es lo que va a suceder ahora? —preguntó Maxim en voz alta.

Maurice Lawal expuso lo que deducía de cuanto podía observar.

—Creo que hemos de sentarnos en estas sillas y esperar a ver qué nos pasan por esa pantalla que parece un espejo.

—¿Creéis que el fuego es una proyección? —preguntó Mary Gay.

—Esto no está mal —opinó Pietro, acercándose al cristal.

Alargó su mano hacia el gran espejo; tuvo que hundir el antebrazo hasta el codo, por el interior de la gruta, para llegar a tocar el espejo. Después dijo:

—Está frío, no sé de dónde sale tanto calor como hace aquí.

—Pues si hemos entrado a que nos diviertan y ya que estamos aquí, veamos el espectáculo completo. Si Maurice sugiere que debemos sentamos, hagámoslo como si nos dispusiéramos a ver la «tele». A lo mejor proyectan un filme de terror y lo pasamos fenómeno.

—A mí esto no me gusta. ¿Dónde está la salida? —preguntó Colette, mirando en derredor.

—Ahí está el túnel por el que hemos llegado hasta esta sala decorada como si fuera una gran gruta subterránea —dijo Donald.

—El túnel por el que hemos llegado no conduce a la salida —recordó Colette—. Yo me he topado antes con un muro que me impedía retroceder.

—Puede que después de que nos den el espectáculo en esta sala no encontremos ninguna dificultad para salir por el mismo camino que hemos utilizado para llegar —opinó Maurice.

Ursula dijo:

—Pues yo quiero ver lo que va a salir en ese espejo que decís es una pantalla de «tele».

—Tú siempre tan tonta, muy linda, pero tonta —dijo Maxim.

—Sí, tonta, pero tú ya quisieras… En fin, siempre os metéis conmigo porque soy rubia y tengo muy buenas formas.

—Tú eres la tonta del grupo —corroboró Donald—, claro que un grupo que desee llamar la atención en las tablas de un escenario necesita un gancho que prenda fuerte en algunos espectadores.

No fue difícil ocupar los asientos en torno a aquella mesa que era media circunferencia y que no parecía tener otra finalidad que la de mantenerles encarados con el gran espejo que debía de ser una extraña pantalla.

Como había siete sillas y ellos también eran siete, Colette quedó en el centro. A su derecha se acomodó Maurice Lawal y junto a éste se colocó rápidamente la bella y coqueta Ursula.

Al lado de la rubia se aposentó el socarrón Pietro. A la izquierda de Colette quedó Donald en primer lugar, con su elevada estatura y su gesto siempre grave, casi sombrío.

Al lado de Donald, la extraña Mary Gay, que aunque en muchas ocasiones fuera la más divertida, la más chistosa, la más alegre, había cosas en su mirada que no estaban muy claras. Pero, no se metían con ella porque sabía defenderse bien con su lengua flagelina y por si fuera poco, estaba su bien hacer sobre las tablas.

Junto a Mary Gay se sentó el singular Maxim, con su ligero acento germánico que contrastaba con la endeblez de su cuerpo. Maxim usaba gafas de gruesos cristales que cambiaba por lentillas cuando actuaba en escena, aunque en ocasiones, por simple descuido, había actuado sin ellas, cometiendo algunos errores. Pero como las representaciones habían tenido lugar en locales de aficionados y no en ningún teatro comercial, el suceso no había trascendido.

—¿Y ahora qué pasa, hemos de cogernos las manos? —preguntó Pietro, apresurándose a coger el brazo de Ursula. Ésta, con gesto cansino, no opuso resistencia.

—Ha sido vuestra voluntad penetrar en los dominios del Príncipe de las Tinieblas. Yo soy Rofocale, primer ministro, encargado de todos los tesoros y riquezas de la tierra. Mi señor es Asmodeo y vosotros sois sus siervos —fue explicando una voz quejumbrosa, con ecos lúgubres que daban mayor profundidad a la voz que semejaba brotar por entre las rocas que suponían falsas,

pero lo cierto es que ya no estaban muy seguros de que efectivamente fueran falsas.

—Muy bueno, muy bueno —aplaudió Pietro. Rápidamente, volvió a coger la mano de Ursula, esta vez con más fuerza.

—Esto no me gusta, deberíamos irnos —musitó Colette.

—No seas pesada —le dijo Mary Gay—. Parece que esto puede resultar divertido.

—Hay cosas con las que no se debe de jugar.

—Vamos, Colette, no te tomarás esto en serio, ¿verdad? —se rió Ursula.

Donald silabeó entre dientes:

—Es que todavía no se le ha quitado la impresión de cuando vio la película El Exorcista y toda la serie de bodrios fílmicos que la han sucedido.

—Yo insisto que he visto la cara de Hugo donde estaba la calavera —dijo Maxim con una voz que evidenciaba que no estaba muy seguro de sí mismo ni de sus nervios.

Maurice intervino:

—Lo que hay que hacer es tomarnos esto como un juego, una diversión, una barraca de feria. He pasado por varios cursillos de parapsicología y he aprendido una ley básica en ellos, lo mismo que en el espiritismo y otras ciencias ocultistas, sí es que se les pueden llamar ciencias. En todo momento hay que conservar el dominio de nuestra mente. Si nosotros queremos, nada se nos puede hacer. Si creemos que algo puede ser peligroso, le oponemos una resistencia mental y se acabó. En explicación simple, es el equivalente a las maldiciones de los brujos de las tribus primitivas. Ellos lanzan sus maldiciones y éstas son efectivas porque el maldecido se lo cree y quien actúa negativamente en su contra no es el brujo, sino el propio sujeto, las fuerzas de su cerebro. Si la víctima se niega a recibir la maldición, el trabajo del hechicero es inútil. De modo que si veis algún peligro, ofreced una resistencia mental. No os entreguéis por completo a un juego de esta clase porque entonces quedaréis al borde de una autodestrucción inconsciente. Puede parecer complicado, pero es muy sencillo. Ésa es la base fundamental de la medicina psicosomática.

Las palabras de Maurice Lawal, muy técnicas y lógicas, tranquilizaron en parte a los que estaban nerviosos.

—Tranquilizaos —prosiguió la lúgubre voz que pretendía ser infernal—. Sois siervos de Asmodeo y pronto lo comprobaréis, aunque en vuestro fuero interno os neguéis rabiosamente a aceptarlo. Sí, todos sois siervos de Asmodeo.

En torno al espejo apareció un humo espeso y amarillento.

La luz general se fue debilitando y pronto no se vieron las caras. Instintivamente, buscaron mutuamente sus manos.

Ursula, en voz baja y algo chillona, dijo:

—Esto es muy emocionante.

Aquella extraña pantalla de la que había desaparecido el fuego les atrajo obsesivamente. Era como si ellos mismos se hubieran introducido en la pantalla que, paradójicamente, quedó a oscuras, pero fue cruzada de arriba abajo y en diagonal por un relámpago que se abrió en una decena de brazos.

El trueno retumbó casi al unísono que la luz vivísima que los cegó por unos instantes. Una copiosa lluvia comenzó a caer, como una verdadera cortina de agua. Después, otro relámpago y gracias a su luz divisaron un castillo o gran caserón que imponía por lo siniestro.

El lúgubre caserón, sólo iluminado por los rayos, se fue haciendo cada vez más grande en pantalla, como si ellos se estuvieran acercando a él.

De súbito, la puerta del siniestro castillo se abrió y todos tuvieron la sensación de que penetraban en él.

En el interior se hizo la luz, una luz mezcla de velas y hachones prendidos de las paredes. Sin embargo, todo el interior del castillo inspiraba gran sensación de abandono.

Había grandes y abundantísimas telarañas que contrastaban con los hachones embreados que ardían brindando una luz rojiza, mezclada con un humo que podían oler, un humo apestoso.

Las vacilantes llamas crearon alargadas y móviles sombras que se proyectaron sobre el suelo empedrado. Eran siete sombras, siete sombras en las que pudieron reconocerse.

—Somos nosotros —musitó una voz femenina. Por el tono que empleó, resultaba difícil discernir cuál de las tres muchachas había hablado.

Todos se sentían atraídos por lo que la pantalla les ofrecía. Maurice, para calmar los ánimos, insistió:

—No os dejéis influir, es un truco. Recordad, resistencia mental. Parece que es un espectáculo psicológico para influir en nosotros.

—A mí no me hace nada —anunció la voz de Pietro.

—Veremos qué pasa después. A mí me huele que esto no va a ser nada risible —dijo Maxim.

Todos mantenían sus ojos clavados en la pantalla, pese a que habían articulado algunas palabras. Así prosiguieron aunque todos, sin saber por qué, tenían la sensación de haber cruzado el cristal del espejo y hallarse dentro de aquellas imágenes. Era como si hubieran dejado sus cuerpos atrás y su alma se hallara en otro plano, viviendo algo lejos de sus respectivos cuerpos, atados a las sillas de hierro forjado en las que se sentaran.

Frente a ellos había una doble y lóbrega escalinata que se abría en forma de herradura, uniéndose a la galería alta desde la que se dominaba la gran sala sin muebles, pues apenas podía llamarse muebles a un par de ajadas consolas pegadas a las paredes y sobre las que reposaban irnos candelabros de siete velas que ardían vivamente, lo mismo que los candelabros que se hallaban en el nacimiento de las dos barandas que protegían las escalinatas.

—Mirad, ahí hay una gran puerta. Parece conducir a alguna parte, ¿por qué no entramos?

—Mary Gay tiene razón, vayamos a ver qué hay dentro —dijo la voz de Donald.

—¡Esperad! —Pidió Maurice—. Esto es una trampa psicológica. No estamos dentro del castillo, estamos fuera.

—No digas tonterías, Maurice. Estamos aquí y yo tengo hambre. ¿Qué os parece si buscamos la despensa del caserón? Puede que no haya nada fresco, pero quién sabe si carne ahumada o salada.

—Yo no me movería de aquí —dijo Ursula.

Colette, al borde del llanto, insistió:

—¡Quiero marcharme, quiero marcharme!

—¿Adónde? Afuera está lloviendo, casi estoy empapada —observó Ursula, palpando su abrigo imitación de marta cebellina.

—Hemos de averiguar qué es lo que hay aquí dentro —indicó Maxim—. Confieso que este caserón no me gusta, pero es mejor saber qué contiene. Después de todo, como dice Ursula, afuera está lloviendo y el “ataúd rodante” se ha quedado sin combustible.

Maurice Lawal se adelantó frente a todos, volviéndose hacia

ellos.

—Insisto en que debemos oponer resistencia mental. Hemos caído en un truco hipnótico o algo por el estilo. No estamos al otro lado del espejo sino afuera, sentados en las sillas, mirando lo que aparece en una pantalla. ¡Haced un esfuerzo por situaros!

—¿Te has vuelto loco, Maurice? —Preguntó Donald—. ¿De qué espejo hablas?

—Vamos, Maurice, dime dónde guardas la botella de *whisky*. A mí tampoco me iría mal un trago con esta noche de perros. Maldita sea, ¿por qué hemos llegado hasta aquí? —se lamentó Maxim.

Pasaron entre las dos escaleras y por debajo del corredor-galería, se introdujeron por la puerta oscura. En la sala que tenían delante no había luz. Encendieron varios mecheros para iluminarse.

—Eh, ¿qué veis ahí? —preguntó Pietro.

—¡El suelo se mueve! —exclamó Mary Gay.

—¡Nos estamos desplazando hacia la izquierda! —Casi gritó Colette.

—Cojámonos de la mano —indicó Maurice.

Fue obedecido inmediatamente, las manos se apretaron entre sí. Notaron que hacían fuerza, pues se desplazaron cada vez más vertiginosamente.

Era como haberse metido dentro de un gran círculo rodante y la fuerza centrífuga les hacía tambalear. No había donde agarrarse. Las chicas gritaron, los hombres mascullaron y como música de fondo se escuchaban agudos chillidos que lo mismo podían salir de la garganta de gigantescos murciélagos que de algún clavo que estuviera rozando algo, también metálico, al girar y girar.

Gritos, chirridos y gruñidos se fundieron en una gran barahúnda y como fondo, profundas y lóbregas carcajadas. Todo resultaba incomprensible pero en aquellos momentos no tenían tiempo ni facultades para poder comprenderlo.

No sabían si estaban sentados en unas sillas, mirando una pantalla donde ocurrían cosas extrañas a unos personajes que eran ellos mismos, o bien era que habían cruzado la barrera del espejo y estaban girando y girando dentro de una sala oscura en algún perdido y solitario caserón almenado.

Les costó mucho pero conservaron el equilibrio, no cayeron, aunque se retorcieron como figuras dantescas inmersas entre las

llamas del fuego apocalíptico.

Tras aquel girar y girar en la oscuridad, pues los mecheros se apagaron nada más comenzar a girar y tuvieron que guardarlos para poder cogerse de las manos, aparecieron unas luces frente a ellos.

Eran cuatro grandes y gruesos cirios que alzaban sus llamas.

Entre las cuatro velas, como un minicatafalco, había una pequeña pilastra cubierta con un terciopelo rojo sangre y sobre éste, algo que les dejó atónitos.

—Yo, el gran Rofocale, primer ministro y servidor de Asmodeo, rey de los diablos y de las tinieblas, guardador de los tesoros de la tierra, los tesoros que los humanos codiciáis con tanta vehemencia —decía la voz cavernosa y profunda que brotaba de la oscuridad que había tras ellos mientras mantenían sus miradas fijas en lo que sostenía la pilastra, iluminado por los cuatro cirios— os brindo la oportunidad de ver uno de los inmensos tesoros que me es dado guardar, un tesoro que puede ser para aquel que lo tome, sin que nadie haya de reclamarle nada, en el presente ni en el futuro.

El tesoro que reposaba encima de la pilastra era una calavera muy singular, sobre un aro de gruesas esmeraldas de cuantiosos quilates cada una de ellas.

La calavera, de oro macizo, sangraba por los ojos que eran sendos brillantes, grandes como las cuencas donde se encajaban.

La calavera era de tamaño adulto, masculina, y la sangre que semejaba escapar de aquellos ojos no eran más que rubíes engarzados en el oro. La dentadura la constituían perlas negras en forma de lágrima.

Todos quedaron estupefactos mirando algo tan horrible y preciado a la vez, La calavera debería tener un precio incalculable, un precio jamás soñado por ninguno de ellos.

El primero en sentir la llamada de la codicia fue Pietro. En voz alta preguntó:

—¿Ese tesoro de veras es para quien se lo lleve?

Hubo respuesta, no sólo para Pietro sino para los siete que allí estaban.

—Sí, para el que se lo lleve y no será acusado de robo, sino de hombre millonario y afortunado. Esa calavera es tan valiosa que proporcionará a su poseedor todo lo que le pida, placer, poder, todo

absolutamente.

La calavera, con los cuatro cirios en derredor se hallaba a cinco o seis pasos de donde estaban. Tras aquella respuesta y contra lo que era de suponer, no fue Pietro el primero en intentar apoderarse de ella, sino el pequeño y reconcentrado Maxim.

Sus pies se hundieron en una especie de lodazal que no parecía tener fondo, y al comprender que se hundía, gritó con espanto.

—¡Socorro, salvadme, socorro, me hundo, es una trampa! ¡No me dejéis morir, ayudadme, ayudadme! —gritaba histéricamente, saltándosele las lágrimas, horrorizado ante una muerte que creía segura y observado no sólo por los ojos de sus compañeros sino también por los fulgurantes de aquella diabólica calavera que en sí misma era un tesoro, unos brillantes que en sus múltiples facetas reflejaban las luces de los cirios que la iluminaban, una calavera que semejaba reírse de su ingenuidad.

Maurice Lawal y Donald se apresuraron a tomar de la mano al compañero en peligro y le sacaron del lodazal que lo engullía con avidez, quién sabe hasta qué profundidades.

Cuando el lodo ya le llegaba a la cintura, jalaron de él y consiguieron sacarlo. No lejos de ellos, Pietro se mantuvo en silencio. Sus zapatos estaban sucios de lodo, él también había dado el primer paso para alcanzar la valiosa calavera, pero al ver lo que le ocurría a Maxim, alertado por sus gritos casi instantáneos, retrocedió de forma instintiva, asustado como una doncella rescatada de entre los brazos de un viejo y horrendo sátiro.

Maxim se abrazó al mismo tiempo a Donald y Maurice, que le habían salvado de la desagradable ciénaga que rodeaba el tesoro en forma de calavera. Jadeaba tan fuerte que parecía que iba a quedar sin respiración y en aquellos instantes sería incapaz de pronunciar una sola palabra.

—¡Rofocale, ministro de los diablos! —Gritó Pietro desafiante, aunque en su voz había algo de frustración y sarcasmo—. ¿No decías que esa calavera sería para quien la tomara?

—¡Sí! —afirmó la lúgubre y cavernosa voz que no parecía brotar de ningún lugar concreto y salía de todos los lados, hasta de la mismísima y negra ciénaga que rodeaba el tesoro que, insólitamente, estaba allí en medio, aparentemente al alcance de las manos de los siete y que no se hundía como lo hiciera Maxim.

El diablo se rió larga y profundamente de ellos.

—Sí, será para el que la tome y podrá hacer de ella lo que guste. Arrancarle los ojos, que son dos valiosísimos brillantes, sacarle las perlas negras de su boca, sus lágrimas que son rubíes, fundir el oro, recoger las esmeraldas que forman el dogal que la seccionó del cuerpo… Todo será de quien la tome y es muy sencillo cogerla. En los Grimorios hay varias fórmulas para llegar al tesoro.

—¿Un pacto con el diablo? —preguntó Ursula, temblando.

Pietro, que estaba a su lado, notó aquel temblor en las yemas de sus dedos.

—Esos libros, que si los buscáis encontraréis, os mostrarán el camino para hacer un pacto conmigo.

Colette, segura de que todos pensarían lo mismo, gritó:

—¡Nosotros no hacemos pactos con el diablo!

—Sí, no hacéis pactos con el diablo; siempre responden igual los que terminan haciéndolos. Llegar hasta el tesoro que os observa con sus brillantes ojos es muy difícil y fácil a la vez. Si ponéis una tabla, se doblará y desapareceréis bajo ese lodo negro, ese foso insondable. Si tratáis de utilizar alguna cuerda, se romperá, pero podéis pasar por encima del lodo sin hundiros de dos formas muy sencillas.

—¿Qué formas, nos lo vas a decir o es un secreto? —preguntó Donald.

—No, para vosotros no es ningún secreto. Muchos otros, antes que vosotros, se han enriquecido. Basta llevar en la mano otra mano y en la segunda mano un cirio encendido. Así podréis llegar hasta la calavera y lleválrosla.

—¿Una mano en la otra mano, cómo se entiende eso? —preguntó Mary Gay mirando hacia el techo negro, buscando al diablo o a quien simulaba serlo. Mas, nada se veía. Las llamas de las velas no alcanzaban a iluminar el techo.

—La mano que sostendrá el cirio será la mano de un ahorcado. El que quiera el tesoro tendrá que llevar la mano del ahorcado en la suya propia.

—¡Qué horror, qué abominable! —repudió Colette.

—Eso es una broma de mal gusto —gruñó Pietro.

—El que tienda sobre el lodo el cadáver de una mujer asesinada, pecadora por lujuria y también por interés de lucro, podrá pasar

sobre ella y tomar el tesoro, porque no se hundirá en la ciénaga.

—¡Eso es una bestialidad, una locura demoníaca…! —exclamó Mary Gay.

—No hagáis caso de lo que dice la voz, todo esto es mentira, no lo estamos viviendo. Oponed resistencia mental, oponedla —pidió Maurice, tratando de escapar él también a la diabólica ilusión.

Se escuchó la sórdida carcajada y el suelo comenzó a girar de nuevo. Vieron la valiosísima calavera entre los cuatro cirios sobre el terciopelo rojo que cubría la pilastra.

Giraron y giraron y tuvieron que agarrarse de nuevo con las manos, ahora con temor de caer dentro del lodazal letífero.

Las luces de las velas se mitigaron hasta desaparecer. Semejó que un huracán quería llevárselos y quedaron a oscuras. Gritaron, se escucharon los horribles chirridos y como fondo de todo, las carcajadas de Rofocale, el diablo cancerbero de los tesoros de la tierra, aquel diablo que les había parecido un muñeco electrónico al verlo a la puerta de una supuesta y misteriosa barraca de feria en el Grey Park, donde se decía que se celebraba un congreso de brujería.

CAPÍTULO V

—Eh, levantaos. ¿Queréis que os encierre?

El primero en mover la cabeza, con un intenso dolor craneal, fue Maurice Lawal. Se puso a gatas, sacudió la cabeza y al final alzó la mirada.

Vio la figura de un policía junto a él.

—Oiga, agente, ¿qué ha pasado?

—¿A mí me lo preguntas? Seguro que habéis tenido una orgía por aquí entre los setos y ya es tener ganas, con el frío que hemos tenido esta noche pasada, frío y aguanieve. ¿Estáis locos? Ha sido droga, ¿verdad?

Maurice sacudió la cabeza, resopló y negó a un tiempo.

—Nosotros no somos drogadictos, agente. Si quiere analizar nuestra sangre, pueden hacerlo.

—¡Maurice, Maurice, me duele la cabeza! —exclamó la voz de Colette, la cual apareció tambaleándose.

—Vaya, se van desperezando todos. ¿Cuántos sois? —inquirió el policía.

Maurice logró ponerse en pie y miró el cielo gris claro. Estaba cubierto, pero era de día. Sintió un brutal estremecimiento de frío o, por lo menos, así lo creyó. Después, consultó su reloj.

—Las siete.

—Sí, en invierno amanece tarde. ¿Cuántos sois? ¿Es que voy a tener que empezar a buscar por entre los setos? Os doy mi palabra de que si os llevo a la estación de policía no salís de ella en dos meses por lo menos —dijo más paternal que amenazador, aunque Maurice sabía que era capaz de hacerlo y el aspecto que ellos ofrecían no era el más adecuado para convencer al agente de que no eran unos gamberros, vagabundos o algo por el estilo.

Pietro también se había recuperado. Todos estaban

desperdigados. Tenían mala cara y sus ropas estaban arrugadas, húmedas y sucias de barro.

—Oiga, agente, sé que no lo va a creer, pero el diablo nos ha jugado una mala pasada —dijo Pietro.

—Conque el diablo, ¿eh? Vamos, os doy la oportunidad de ir marchando. Éste no es, ni con mucho, el mejor parque de la ciudad.

—Pero aquí están los del congreso de brujería —dijo Maxim, acercándoseles.

—¿Congreso de brujería? Ah, esos de las *roulottes*. Se han ido la noche pasada, ya no queda nadie aquí. ¿Vosotros erais del grupo?

—No —negó Donald, que venía junto a Mary Gray.

Ursula apareció la última, dando saltitos, gritos y contoneándose ampulosamente, lo que atrajo la mirada del policía que no era de piedra y ni siquiera de madera.

Al correr, Ursula movía todas sus redondeces de forma que hacía bailar los ojos de los hombres que la miraban.

—¡Que se marcharon…! ¿Y el diablo de la barraca? —gritó Pietro, mirando en derredor sin encontrarlo.

—¿Qué diablo? Si no os habéis drogado, por lo menos estáis en plena resaca, que es el momento peor de la borrachera. Si encuentro los cascos de las botellas tirados por ahí entre los setos, os voy a multar por tirar desperdicios fuera de las papeleras. Vamos, andando, largaos de aquí.

Tiritando, como perros apaleados, con un fortísimo dolor craneal que era sufrido por los siete, se alejaron del policía, que les siguió con la mirada.

Corrían el peligro de que el agente se arrepintiera y se los llevara a la comisaría, donde les harían análisis para averiguar si eran drogadictos o, por lo menos, alcohólicos y no sabían lo que realmente les había ocurrido. Quizá, dentro de la misteriosa barraca del diablo, les hubieran drogado en alguna forma.

—¡Eh, ahí está el «ataúd rodante»! —exclamó Mary Gay, señalando al microbús «Volkswagen» semioculto entre unos matorrales, dentro del más horrible y sucio parque de la ciudad.

Al llegar junto al microbús, Colette dijo:

—Creo que tomamos algo que nos embriagó.

—Sí, hemos vivido una alucinación —asintió Mary.

—A mí me ha parecido horrible —opinó Ursula, pasándose las

manos por las caderas y los muslos para estirar su vestido arrugado.

Su gesto estaba cargado de coquetería y provocación. Todo lo que hacía Ursula era para atraer las miradas masculinas. Era difícil saber si es que no podía remediar ser así o bien cada uno de sus movimientos era premeditado.

—Pero ¿de qué ilusión habláis? Nadie ha dicho nada y todos hablamos de lo mismo —gruñó Donald.

—A mí me parece —dijo Pietro— que al metemos en una de las barracas de esos condenados feriantes nos han emborrachado o drogado.

—No, en todo caso hemos sufrido una hipnosis colectiva —puntualizó Maurice— por eso todos hablamos lo mismo, porque es indudable que todos recordamos a un diablo con cuernos, capa y barba de chivo.

—Sí, y una calavera que en sí misma era un tesoro fabuloso —añadió Pietro.

—Tenía que valer una fortuna —comentó Ursula—. Me conformaría con una de las lágrimas que eran rubíes. Estoy segura de que con uno de esos gruesos rubíes me darían un abrigo de marta cebellina y no esta imitación que llevo.

—Con una de esas lágrimas, que son rubíes, a lo mejor te daban una docena de abrigos. Eran muy grandes y los rubíes, cuantos más quilates tienen y más puros son, más valiosos.

—No sé por qué habláis de un tesoro que no existe —dijo Maurice—. Es una fantasía maligna. Todo eso que hemos visto ilusoriamente, es maligno.

—Yo también creo que es un espejismo maligno —opinó Colette.

—Pues yo no creo que sea una ilusión —dijo Maxim.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Pietro, interesado.

—Miradme. —Mostró su cuerpo de cintura para abajo y apareció lleno de un lodo húmedo y viscoso.

—Te has metido en un lodazal —dijo Ursula.

—No como vosotros. El barro del Grey Park es más rojizo. Fijaos, todos vamos sucios de ese barro rojizo del parque, pero yo, además, tengo este otro que apesta a podrido y azufre. —Y comenzó a desabrocharse la ropa.

—¡Espera, estúpido! —Le contuvo Ursula. ¿Quieres que el policía se nos lleve a la comisaría? Creerá que todavía estás de

«viaje».

—Subamos al microbús y vayamos a nuestro antro —propuso Mary Gay.

Pietro, disimuladamente, observó sus zapatos y les vio con el mismo lodo que ensuciaba el cuerpo de Maxim y que le había puesto muy nervioso, pues estaba al borde de la histeria.

Pietro miró en derredor y no vio más que árboles. El policía, quieto, les observaba a distancia.

—Demonios de barraca, ¿dónde estará? ¿Cómo se la habrán podido llevar en una noche sin que nos diéramos cuenta de nada? ¿Qué clase de truco hay en todo esto?

Pietro, mientras se introducía en el microbús, preguntó en voz alta:

—Eh, compadres, ¿cómo dijo ese diablo que se llamaba?

—Rocafole o algo así, ¿no? —respondió Mary Gay.

—Rofocale —concretó Maurice Lawal sentándose ante el volante.

Puso el motor en marcha y se alejaron del Grey Park.

Todos viajaron en silencio, pensando si había sido cierto o un espejismo todo lo que habían vivido. Y si era una ilusión, ¿por qué Maxim estaba sucio de aquel lodo viscoso y oscuro que rodeaba el tesoro en forma de calavera?

CAPÍTULO VI

Madame Catherine se arremangó la floreada y ajada bata con su mano huesuda para acabar de subir los peldaños de madera que conducían al piso de su casa, una casa vieja en el casco antiguo de la ciudad, tan antiguo como insalubre.

Los peldaños eran veintiuno. Todos crujían pese a la agujereada alfombra que los cubría en parte. *Madame* Catherine jadeaba sin dejar de refunfuñar y alcanzó el último peldaño con el mismo esfuerzo que un escalador daría las últimas zancadas para llegar a la cima de una montaña tan difícil como fastidiosa, sí es que para un escalador podía haber una montaña fastidiosa.

Madame Catherine caminó por el corredor al que daban varias puertas que correspondían a otras tantas habitaciones de su casa que, venida a menos, alquilaba para obtener unos estipendios que la ayudaran a sobrevivir, aunque se comentaba que en algún rincón de la casa ocultaba una verdadera fortuna.

Se detuvo frente a una de las puertas.

La mujer, con los cabellos grises enrollados en rulos de plástico rojo, comenzó a aporrear la madera al tiempo que gritaba con su acusado acento canadiense.

—¡Señor Lawal, señor Lawal!

—¡Ya va! —respondió Maurice con voz somnolienta al otro lado de la madera.

—¡Señor Lawal, le he dicho muchas veces que mi casa no es un burdel! ¡No tolero citas en las habitaciones! ¡Le voy a echar a usted a la calle y también a la chica que está con usted!

—Cierre el pico, vieja bruja.

—¿Bruja yo?

Arremetió contra la puerta y se sorprendió al ceder ésta, pues esperaba que estuviera cerrada.

Irrumpió en el pequeño dormitorio de Maurice, encontrando a éste sentado en la cama.

—¿Qué le pasa, *madame* Catherine, se ha vuelto loca? Le advierto que yo no voy a ser su víctima, antes preferiría que me ahorcaran.

—¿Dónde está, dónde está ella? —inquirió, fiscalizadora, metiéndose en la alcoba.

—Querida, sal del armario, nos ha descubierto —dijo Maurice, ajustándose el pijama.

—Conque en el armario, ¿eh? Ya les atrapé… Son cerdos, unos cerdos, actúan como los cerdos.

Se abalanzó contra el armario y lo abrió de par en par. Se le vino encima una figura humana que la hizo gritar de horror.

—¡Un esqueleto, un esqueleto!

—No se espante, *madame*, él no es más horripilante que usted. Sólo es un muñeco hinchable de color negro, con los huesos humanos pintados encima. En un escenario da el toque perfecto, con un decorado de fondo negro mate no se nota que es un simple muñeco.

—¡Canalla, ésta me las pagará!

No obstante, se agachó para mirar debajo de la cama, no muy conforme en no haber atrapado a la supuesta pareja. Mas, debajo de la cama sólo había un par de zapatos.

—Bueno, *madame*, ¿ha venido a mi habitación a buscar fantasmas o a otra cosa?

—¿Yo? Pues, he venido a avisarle de que le llaman por teléfono.

—Magnífico, *madame* Catherine, magnífico. Tiene usted una forma muy especial de dar recados. Voy al teléfono. Ah, la dejo en compañía de mi muñeco fosforescente que representa un esqueleto.

—¡Nooo! —gritó la mujer.

—Maurice, ¿qué pasa, qué son esos gritos? —interpeló Colette, acercándosele por el corredor.

—Hola, Colette. No te apures, es la vieja que chilla. Esa maldita puerta de mi habitación lo mismo se abre fácilmente que se encaja de mala manera, y la vieja no quiere gastarse unos chelines llamando al carpintero, al electricista ni al fontanero. Cualquier día han de avisar a los bomberos para sacarnos a todos de debajo de los escombros de este caserón infecto. Ahora, disculpa, me llaman por

teléfono.

Maurice llegó al teléfono que estaba en el saloncito. El auricular estaba descolgado y rápidamente se hizo con él.

—Lawal al habla. ¿Quién llama?

—Eh, Maurice, soy Charrow.

—¿Charrow? Vaya, hoy no es mi día de suerte.

—No te lamentes, tengo algo para vosotros.

—¿Algo para nosotros, qué quiere decir, Charrow? ¿No se acuerda de lo que nos dijo a la salida del cementerio?

—Bah, son cosas que se dicen en un momento de irritación. Vosotros tampoco estuvisteis muy simpáticos que digamos. En fin, los negocios son una cosa y las simpatías otra. Tengo un contrato para vosotros, pero si no os interesa, lo dejamos correr. Buscaré a otro grupo underground o como querías llamar a lo que hacéis y listos. No creas que me faltará dónde elegir.

—¿De qué se trata?

—Pasad por mi despacho y hablaremos. No os podréis quejar, es ventajoso para vosotros. Muchos del teatro clásico quisieran para sí este contrato que os ha caído como caballito blanco. Sois unos tipos de suerte. Ah, y no os vayáis a meter en líos. Tengo un contrato con vosotros y sigo siendo vuestro manager.

—¿Que tiene un contrato? Pensé que lo había roto, Charrow.

—Llevo demasiado tiempo en el negocio, Maurice, yo no rompo nada. Nunca se sabe, hasta lo más absurdo puede tener éxito.

—Gracias por lo de absurdo.

Maurice sintió que Charrow, al otro lado del hilo, colgaba, seguro de que irían a visitarle. Después de todo, a ellos el contrato, fuera el que fuese, les hacía falta.

Maurice cogió un juego de campanillas y lo agitó con fuerza, haciéndolas tintinear. Al poco, la gente se precipitaba por la escalera. El primero en llegar, pasando por delante de las mujeres, fue Pietro.

—¿Qué pasa, dónde está la comida extra?

—No hay comida extra, hay reunión general.

—¡Maurice, la vieja se ha desmayado! —exclamó Colette.

—Bah, no le hagas caso, llevaría algunas copas de más. Ya se le pasará y cuando despierte, va a creer que está en pleno *delirium tremens*. No merece nada mejor.

—¿Por qué has llamado de esta forma? Todos creíamos que íbamos a comer.

—¿Chocolate deshecho? —preguntó Ursula entrando en el saloncito con su habitual contoneo provocativo.

—Muchachos, Charrow acaba de llamar para ofrecernos un contrato. Parece que han olvidado pronto lo de Hugo Foundling.

—¡Ahorcado, ahorcado, todos terminaréis ahorcados y el diablo se os llevará! —gritó *madame* Catherine con su fuerte acento canadiense.

—Vaya, *madame*, ha tenido usted suerte. Ha desatascado muy pronto la puerta.

Minutos más tarde, el «ataúd rodante» se comía las millas del asfalto para dirigirse a la lujosa oficina de Charrow, oficina que tenía en uno de los imponentes y nuevos edificios de la ciudad.

Los cuidadores del garaje y después el conserje, nada les dijeron, estaban acostumbrados a ver pasar a gente variopinta y extraña por las oficinas de Charrow.

Éste, con su sempiterno puro en la boca, abrió su caja de madera e invitó:

—Fumad, fumad y hablaremos.

—Diablos, está muy obsequioso. ¿No creéis, compañeros? —preguntó Maxim, lanzando un tenue silbidito de admiración.

—A mí también me lo parece —dijo Maurice—. ¿Cuánto nos va a robar, Charrow?

—¿Robar? No seáis idiotas, ya sabéis, mi comisión de siempre: el veinte, que es lo legal; luego los gastos de representación, desplazamientos, publicidad, seguros sociales, etcétera. No quiero fatigaros con la burocracia de rigor, eso es cosa mía, claro que los impuestos de hacienda van a vuestro cargo.

—Entendido, el cincuenta por ciento para usted y el otro cincuenta para todos nosotros, menos el descuento de los impuestos de hacienda.

—No os quejaréis, al final siempre os quedará una buena tajada.

Pietro suspiró con su voz fuerte antes de dejarse caer en una de las mullidas butacas del despacho de Charrow.

—Decididamente, nunca nos haremos ricos.

Ursula se había sentado en un borde de la mesa de Charrow y mostraba algo la epidermis de sus piernas. Charrow puso su mano

sobre el hombro de la joven al tiempo que le decía:

—Para ti siempre tendré trabajitos bien remunerados, pequeña.

—Quite la mano, a mí no me va a convertir en una «*striptisera*». Tengo afición al arte de verdad, ¿no es cierto, Maurice?

—Sí, preciosa.

—¡Hum, el arte! —Exclamó Charrow, entre escéptico e incrédulo, sacando unos papeles—. Vamos a ver… Se trata de que representéis una obra en Here Village.

—¿Here Village? —repitió Maurice Lawal, frunciendo el ceño.

Donald preguntó:

—¿Y dónde cae eso?

Charrow se encogió de hombros.

—Ya lo buscaréis en el mapa. Es un pequeño pueblo, creo que está a tres horas por carretera.

—Demonios, creí que íbamos a tener luminarias grandes —manifestó Mary Gay, decepcionada.

Hablando siempre con el cigarro en la boca, Charrow explicó:

—Se trata de que deis una representación. Si sale bien puede que os contraten para más días. Los paletos de pueblo también tienen derecho a un teatro de vanguardia, digo yo. ¿O es que os habéis vuelto selectivistas?

—Oiga, Charrow, ¿al final nos quedará para pagar la gasolina del microbús? —inquirió Pietro, poco convencido.

—Claro que sí. Doscientas libras ahora mismo y otras doscientas cuando hayáis cumplido vuestra representación. Habéis de tener un exitazo, muchachos. Las noticias en esas pequeñas villas se propagan en seguida y puede que os contraten en otra parte. Esto es el principio de vuestra carrera.

—Vamos, Maurice, recoge esas doscientas libras e iremos a interpretar aunque sea en el mismísimo infierno.

—Bueno, no está mal, cuatrocientas libras limpias por una representación —aceptó Maurice—, pero los impuestos corren de su cuenta.

—Ni hablar, ¿queréis arruinarme? Hasta os he invitado a tabaco. No creáis que yo ofrezco mis mejores cigarros a cualquiera que entre en este despacho pidiendo trabajo.

—Los impuestos de su cuenta o no hay trato —insistió Maurice.

—Vamos, muchachos, ¿qué os pasa? Os ofrezco la oportunidad

de levantar cabeza después de lo que pasó, me dejasteis la cara llena de sangre y aparte de lo repugnante que fue, me costó cinco libras llevar la ropa al tinte. —Bajó el tono para añadir resignado—: Está bien, el cincuenta por ciento de los impuestos, todo a medias.

—Todo, o no hay trato.

—¿Qué pasa, Maurice, pretendes que mande al diablo al tipo que os ha contratado? —Se exasperó—: Si vosotros no queréis actuar es asunto vuestro. Estáis locos y tenéis más ínfulas que *sir* Lawrence Olivier.

—Vamos, muchachos —dijo Maurice llevando a su grupo hacia la puerta.

Pero Charrow les llamó.

—De acuerdo, de acuerdo, cuatrocientas libras limpias de impuestos, pero no creáis que esto se repite dos veces en la vida. Y ahora, a Armar.

Cuando salieron del despacho de Charrow, Colette, admirando a Maurice, le preguntó:

—¿Cómo estabas tan seguro de que iba a ceder?

—Muy fácil. Charrow no paga hasta que cobra y si nos pagaba, es que había cobrado ya. No es un tipo que se avenga a devolver el dinero que le han anticipado.

Todos rieron, felicitándose por su suerte.

—Eh, Maurice, ¿cuándo repartimos esas libras? Deben de estar calentitas todavía.

—Quieto, Pietro. Primero, como has dicho, hay que pagar la gasolina y a *madame* Catherine, que si no nos ha echado de su casa, es porque sabe que es difícil contratar todas sus habitaciones de una vez, con lo destartaladas que están.

—¿Y cuándo vamos a ir a Here Village? —preguntó Ursula cogiéndose del brazo de Maurice, lo que no gustó a Colette y tampoco a Pietro.

—Hoy mismo, habéis oído que sólo está a tres horas por carretera. Será fácil. Podemos ensayar y luego quedamos con el pagano para dar la representación. Hay que dar un vistazo previo para saber de qué clase de teatro disponen en ese pueblo, de modo que nos vamos a poner en marcha ahora mismo y ya pararemos en un motel para comer.

Los siete se marcharon contentos, ignorando que una trampa

realmente diabólica les había sido tendida e iban a caer en ella de forma irremediable.

CAPÍTULO VII

Maurice Lawal solía conducir rápido, pero al abandonar la carretera nacional para introducirse por una comarcal, ya les envolvió la noche, una noche prematura.

No tardó en salirse también de la carretera comarcal, siguiendo siempre el mapa que había trazado consultando las guías de carreteras. Se introdujeron por una especie de pista forestal que llevaba a Here Village.

Los faros del microbús «Volkswagen» perforaban las tinieblas abriéndose paso en la pista forestal y haciendo que el bosque quedara como peinado a derecha e izquierda.

El cristal parabrisas comenzó a perlarse de gotas y Colette lo comentó en voz alta:

—Parece que empieza a llover.

—Qué tiempo más perro —gruñó Pietro—. Podíamos haber esperado a mañana. De día hubiera sido mejor la visita a esa condenada Here Village.

—La actuación es para dentro de dos noches —puntualizó Maurice—. Es preferible conocer el local en que vamos a actuar y saber de qué decorados vamos a disponer.

—Bah, si hacemos la obra de costumbre, con llevar el ataúd en el portaequipajes y unos cuantos botes de pintura, en especial negro mate, todo arreglado. Nosotros nos conformamos con poco —observó Pietro, con desgana.

Comenzó el zum-zum de los limpiaparabrisas para limpiar las gotas de lluvia que obstaculizaban la visión.

El trayecto se les hizo más largo por aquella maldita y oscura carretera por la que no pasaba nadie. Al fin, los focos del vehículo

iluminaron un letrero muy borroso y antiguo.

—Hemos llegado a Here Village.

Cuando detuvo el microbús, lo hizo delante de unas edificaciones que semejaban masas oscuras y tétricas. Había luces en algunas ventanas, aunque pocas, no más de cuatro.

—Hemos llegado —dijo Colette, ya con el «ataúd rodante» detenido.

Mary Gay observó:

—Esto parece el fin del mundo.

—¿Seguro que la gente de aquí paga cuatrocientas libras por vemos interpretar la obra fúnebre?

A la observación de Ursula, Pietro repuso:

—Siempre hay algún chiflado que paga cosas raras, desde coleccionar escarabajos a…

—Parece que te burlas demasiado de nuestro propio trabajo —replicó Maurice, algo molesto.

Colette le apoyó.

—En ocasiones me pregunto por qué algunas personas forman parte de grupos que no les gustan.

—Oye, que yo también tengo alma de artista, lo que pasa es que me gusta el lujo, las cosas buenas. Tú, Colette, no estás nada mal. En ocasiones pienso que si te pusieras una peluca rubia como la de Ursula, la dejarías a ella offside.

—Eh, tú, no te metas conmigo —protestó Ursula.

—Y a mí déjame en paz —casi gruñó Colette.

Miró de reojo a Maurice, como deseando ver qué reacción tenía el joven ante las palabras halagadoras de otro hombre.

Maurice estaba absorto en su trabajo; él quería triunfar y sólo veía el arte de Constantin Stanislavsky por todas partes; no tenía tiempo para otras cosas, esas otras cosas en las que Colette, Ursula y Mary Gay deseaban que se fijase, aunque Mary Gay era un poco especial. Lo mismo parecía sentirse a gusto al lado de los hombres que de las mujeres.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? Si bajamos, nos mojamos —advirtió Maxim sacando algo la nariz por una de las ventanillas.

—La verdad es que debemos buscar a un tipo llamado Thompson.

—Esto parece un villorrio de mala muerte —gruñó Donald—. No

creo que reciban muchos visitantes habitualmente.

—Tocaremos el claxon y veremos quién responde —propuso Maurice.

Pasó del dicho al hecho e hizo sonar el claxon con insistencia. Tuvieron que esperar unos minutos sin dejar de hacer sonar el claxon, lo que pareció divertido al grupo al ver que se encendían las luces de un par de ventanas más.

—Parece que aquí son como las gallinas, se acuestan temprano —se rió Pietro.

—¿Cuánta gente habrá viviendo aquí? —se preguntó Mary Gay.

—Cualquiera sabe, no viene ni en la enciclopedia. Parece un caserío nacido bajo la protección de algún castillo o similar.

—Eh, la puerta se abre —indicó Colette.

Supieron que había una puerta, porque al abrirse dejó escapar luz. Salió un hombre renqueante, con un enorme paraguas de campesino, más grande que los empleados en la ciudad.

Bajo la débil y fría lluvia, el hombre se les acercó. Maurice se asomó por la ventanilla y le saludó.

—Pésimas noches, buen hombre. Buscamos a un tal Thompson.

El hombre, medio oculto por el gran paraguas, con voz cascada, voz de bronquitis crónica, respondió:

—Thompson soy yo.

—Bien, muy bien. ¿Dónde está el teatro? —preguntó Colette, inclinándose casi por encima de Maurice.

—¿Teatro? —repitió como sorprendido—. En Here Village no hay ningún teatro. Ustedes deben de ser los cómicos que ha contratado el barón Olbaid.

—De modo que ese barón es el chiflado que paga nuestra venida a este villorrio, ¿eh?

—Pietro, por favor —le pidió Mary Gay.

—Muchachos, he recibido órdenes respecto a ustedes.

—¿Y cuáles son esas órdenes? —interpeló Maurice.

—La representación deberán ofrecerla pasado mañana por la noche en el salón de la mansión del barón Olbaid. Allí acudirán los invitados, pues se trata de una función privada, subvencionada en su totalidad por el barón.

—Bien, llévenos con el barón Olbaid —dijo Donald, cansado de estar dentro del «ataúd rodante».

—Bueno, ya es un poco tarde. Ustedes mismos pueden ir a la mansión del barón.

—¿Acaso nos estará esperando?

El viejo Thompson miró a Maurice y respondió:

—No, el barón está ausente. Tomen las llaves de la mansión, allí encontrarán velas, el lugar no tiene luz eléctrica. Está algo apartado de esta aldea y el barón es algo particular con las cosas modernas. En realidad, está viajando siempre y utiliza la mansión sólo en contadas ocasiones. Ahora quiere dar una fiesta y, por lo visto les ha contratado a ustedes. Me dio órdenes estrictas para que fueran bien atendidos, pero como es muy de noche, llueve y mis huesos no andan bien, tomen ustedes las llaves y cuando terminen allá, pasan por aquí y me las devuelven.

—Oiga, ¿no teme ese barón Olbaid que le roben? —preguntó Pietro.

—¿Robarle? —El viejo se echó a reír de forma muy especial—. No, no creo que le vayan a robar. La mansión es algo vieja; además, sólo ustedes tienen las llaves. Si el barón notara a faltar algo, creo que la policía sabrá a quién buscar. ¿No creen? —Tornó a reírse ligeramente, siempre debajo del enorme paraguas que semejaban alas de murciélago—. Parecen buenos muchachos, un poco raros, pero buenos muchachos.

Maurice tomó las llaves, que eran dos. Sopesándolas dijo:

—Caramba, cualquiera diría que el barón utiliza las llaves como cachiporras.

El viejo Thompson, encorvado, renqueante, dio la vuelta. Prácticamente desapareció detrás del paraguas y luego se metió en la oscura y pétrea casa.

—¡Eh, viejo Thompson! —Gritó Pietro—. ¡No nos ha dicho por dónde se va a la mansión del barón!

El viejo se volvió. Extendiendo su mano por el lado del paraguas, dijo:

—Sigan la carretera y cuidado con las torrenteras.

—¿Carretera? —repitió Maurice como no dando crédito a lo que escuchaba—. A todo le llaman carretera.

El microbús se puso de nuevo en marcha, alejándose de lo que en principio pareciera el final de la ruta.

El camino ascendió, los baches se multiplicaron y todos

comenzaron a dar tumbos dentro del microbús.

De pronto. Maurice lo detuvo y escrutó lo que los faros iluminaban.

—¿Qué pasa ahora? —Gruñó Donald.

—Hay una torrentera. Baja poca agua, pero ignoro la profundidad.

—Tira adelante —dijo Pietro—. Si se atasca, entre todos lo sacaremos.

El microbús arrancó en primera y con fuerza. Las ruedas se hundieron en las aguas que descendían desde lo alto de la montaña. Consiguió atravesar el agua sin que nada le sucediera, pero salpicando en derredor.

Minutos más tarde, cruzaron otra torrentera. En ésta encontraron menos agua, pero más baches y el microbús dio la sensación de que iba a volcar.

Maurice maniobró con habilidad y lo sacó adelante. Se escucharon unos truenos y, de pronto, encima de la colina, divisaron una silueta fantasmagórica. Era un caserón almenado.

—Eh, chicos, hemos llegado al castillo del conde Drácula —bromeó Pietro, saltando del microbús para correr a guarecerse bajo el dintel de la puerta.

—¡Palurdo! —Le gritó Mary Gray—. Que no es un conde, sino un barón.

—¿Y qué más da? No me negaréis que esto es muy siniestro.

Maurice se enfrentó a la gran puerta de roble remachada con gruesos clavos. Con la puerta bien iluminada por los faros del vehículo, se apeó del microbús y con las llaves fue hacia la puerta donde ya se habían colocado todos, guareciéndose de la lluvia.

—Vamos, abre —pidió Ursula, estremeciéndose como era habitual en ella.

—Veremos cuál de las dos llaves es.

Maurice las movió en sus manos e introdujo una de ellas en la cerradura, sin conseguir voltearla.

—Ésta parece que no es, probemos con la otra.

Introdujo la segunda de las llaves, pues las dos se parecían entre sí. Entre todos empujaron la pesada puerta, que gruñó al ceder. Casi hubo júbilo al franquear la entrada del solitario caserón almenado y dejar la tormenta afuera.

—Id entrando, voy a apagar los faros del «ataúd», no sea cosa que se gaste la batería y luego no podamos ponerlo en marcha.

Maurice se separó de ellos y regresó al microbús. Cerró el contacto, recogió las llaves y volvió corriendo al interior del caserón para no mojarse con aquella fría agua.

Dentro del edificio ya había luz. Sus compañeros se habían encargado de encender unas velas, pero estaban como mudos e impresionados. Era como si el frío de la noche lluviosa e invernal les hubiera congelado, no sólo la voz sino hasta el último de sus músculos.

—Eh, ¿qué os pasa? —preguntó Maurice, clavando su mirada en ellos.

Colette fue la que rompió el hielo, creado momentáneamente.

—Maurice, ¿no te recuerda nada este lugar?

Maurice miró en derredor. Vio el amplio salón casi vacío de mobiliario con la doble escalera que tenía forma de herradura al unirse al balcón galería, con los dos candelabros de siete velas ahora encendidas y situadas sobre el nacimiento de los pasamanos de las respectivas barandas.

—No sé qué estaréis pensando, pero puede ser una casualidad.

—¿Una casualidad? —repitió Donald, fúnebre—. Es idéntico a lo que yo vi en aquella maldita barraca de feria.

—Pero esto no es una barraca de feria —rebatió Maurice.

—Tiene razón. Ahora estamos en una mansión de alguien que existe, hemos entrado con una llave —puntualizó Colette.

—Yo tengo miedo —musitó Ursula—. Esto me parece lo mismo que vimos en la barraca de aquel demonio que decíais era un muñeco electrónico, pero que a mí me parecía auténtico.

—No digas tonterías —le rebatió Maxim, no muy seguro, pues había palidecido intensamente.

—Eso es fácil de averiguar —objetó Pietro, señalando la puerta que se abría al fondo, debajo de la galería, y a la que se llegaba por entre las dos escaleras.

Maurice se opuso.

—Hemos venido aquí por un contrato. Se nos han confiado las llaves de una casa que no es nuestra; se nos ha dicho que la actuación tendrá lugar en este salón y, por tanto, debemos centrar nuestra atención en él y dejarnos de tonterías. Sólo tuvimos una

visión hipnótica, nada más. Veamos las posibilidades de trabajo de este lugar y luego, con un ensayo breve, nos largamos. Mañana volvemos con los trastos y si ha llegado ese barón Olbaid, hablamos con él. Pasado mañana damos la representación y después, adiós buenas, habremos terminado. Coincido con vosotros en que este lugar no me gusta. Aquí no vamos a ganar público, éxito ni crítica, sólo un puñado de libras que tampoco nos sacará de apuros.

—Tienes razón, Maurice, no nos sacará de apuros, pero si hubiera algo más, y todos me entendéis, sí nos podría sacar de apuros.

—No digas estupideces, Pietro. Sólo irías en pos de una ilusión a caballo de la codicia. Aquí no hay nada más que un caserón semiabandonado cuyo propietario debe de ser un tipo excéntrico que viaja y de cuando en cuando viene a recalar a su caserón y le da por organizar una fiesta o algo por el estilo. No es el primer millonario que hace una cosa así. Los hay que poseen islas que son de su absoluta propiedad y se hacen llevar los artistas más relevantes para que actúen únicamente para ellos. Éste parece ser uno de esos casos de excentricidad y nosotros vamos a ganar con ello unas libras que nos hacen falta, sólo eso.

—Pero, sin llevamos nada, sí podríamos mirar qué hay detrás de esa puerta, ¿no?

—Opino que Maxim tiene razón. Por mirar no perjudicamos a nadie —dijo Pietro—. Y que yo sepa, no se nos ha prohibido que abramos ninguna puerta. Aquí no hay nadie. No tenemos ni para cenar y si llueve, es lógico que busquemos algún lugar apropiado de la casa para pasar la noche.

—Sí, y hace frío. Podríamos encender un hogar que nos calentara —indicó Mary Gay.

Ursula corroboró sus palabras.

—Yo tengo frío y miedo, pero también soy curiosa.

De pronto, escucharon un chisporroteo. Volvieron sus cabezas hacia la derecha y en un amplísimo lar, comenzaron a brotar unas llamas que dieron luz y calor, aunque no olían gratamente a madera quemada.

Para todos, la brusca aparición del fuego en el amplio y en principio oscuro hogar, fue algo que sorprendió y disgustó.

—Es una broma de mal gusto —protestó Mary Gay.

—Yo no lo he encendido —advirtió Pietro.

Donald se acercó al fuego. Observándolo de cerca, dijo:

—Parece que había cenizas, puede ser que se haya encendido solo.

—Imposible, eso es que el diablo está aquí —casi gimió Ursula.

—Cállate, idiota —le cortó Pietro—. El diablo no existe.

—Si no existe, ¿por qué quieres entrar ahí, cruzar esa puerta? —le preguntó Colette.

—Bueno, esto tiene algo de misterioso, no lo niego. Parece que alguien quiere jugar con nosotros. Hemos de admitir que el Grey Park está muy lejos de aquí y si estando allá vimos todo esto, es que nos pusieron una reproducción de cartón-piedra. Ahora nos han hecho venir aquí, no sé para qué.

Maurice, el más consecuente, opinó:

—Podían haber rescoldos y al abrir la puerta, una ráfaga de viento los ha podido avivar. Eso explicaría el encendido del fuego.

—Sea como fuere, bien venido, porque esta casa está helada y ese hielo llega hasta el tuétano —protestó Colette, acercándose al fuego.

No obstante, Pietro se dirigió a la puerta. Cogió la manecilla de hierro y forcejeó con ella, mas la puerta no cedió. Pietro parecía dispuesto a que cediera, por ello la golpeó con el hombro, pero, al fin, hubo de admitir:

—Está bien cerrada.

Ursula, señalando a Maurice, dijo:

—Él tiene otra llave.

—Eso, la otra llave. Vamos, Maurice, ¿por qué no probamos con ella?

—No abriremos esa puerta. Ya he puntualizado para qué estamos aquí.

Donald se unió al grupo de Pietro y sugirió:

—Si hemos de pasar la noche aquí habremos de buscar un lugar de acomodo, ¿no crees?

—Esas escaleras conducen a alguna parte. Si encontramos habitaciones abiertas las utilizaremos. Se nos han confiado unas llaves, no vamos a traicionar la confianza de quien nos las ha entregado, no somos unos cerdos.

—Vamos, Maurice, después de todo no vamos a quitar nada,

sólo queremos ver lo que hay al otro lado de esa puerta —insistió Donald.

—¡No, la puerta no se abre! —replicó Maurice, molesto y nada dispuesto a ceder.

Ursula se le acercó contoneándose. No se detuvo hasta quedar frente a Maurice, rozándole. Alzando las manos, le rodeó el cuello. Todos la vigilaban y cada cual, por unos motivos muy concretos y particulares.

—¿Por qué no? Después de todo, te han confiado las dos llaves. Si no hubieran querido que abrieras esa puerta, sólo te habrían entregado la llave de la entrada del viejo caserón, la otra se la hubieran guardado. Anda, sé bueno y abre la puerta. Lo que queremos todos es mirar ahí dentro, sólo eso. ¿Tú no sientes curiosidad? Por mirar no sucede nada, mirar no es robar.

—Es preferible no abrir esa puerta. Sé lo que estáis pensando todos, sé lo que deseáis ver ahí dentro. Todo parece una trampa diabólica y no debemos caer en ella.

—¿Es que te has creído que eres nuestro padre, acaso eres el censor del grupo? —inquirió Pietro, ahora agresivo, avanzando unos pasos hacia Maurice, dispuesto a no dejarse someter.

—Creo que os hace falta ese censor del que hablas.

—Te pasas, Maurice. Esto es un grupo democrático, siempre lo ha sido —puntualizó Donald—. Cada cual tiene su labor, es cierto, pero una no es más importante que la otra. En eso quedamos cuando nos unimos. Somos un grupo unido y democrático, por eso las ganancias las repartimos a partes iguales.

—Es verdad, pero no acordamos ser democráticos para_ cometer estupideces que nos perjudicaran a todos. ¿Qué os parecería si os pidiera que asesináramos a alguien?

—Esto es diferente —le cortó Pietro—. Esas llaves nos pertenecen a todos, puesto que nos las han confiado.

—¿No os dais cuenta de que es mejor no abrir esa puerta?

—¿Por qué? —Le preguntó Mary Gay—. ¿Tú crees en fantasmas?

—No creo en fantasmas, pero sí creo que es una trampa y lo mejor que podemos hacer es ganarnos nuestras libras y largarnos de aquí sin hacerle el juego a quien quiera que haya sido el que nos ha tendido la trampa. No creo en fantasmas, pero existen muchas cosas

inexplicables que nadie aún ha podido aclarar. Quizá ahora nos encontremos inmersos en uno de esos misterios.

—Si se trata del diablo, la religión puede dar una explicación a lo que sucede —opinó Colette.

—No metamos a la religión de por medio, es algo muy serio —se apresuró a decir Maxim—. Después de todo, si abrimos la puerta y no hay lo que todos pensamos, nos quedaremos tranquilos. ¿No, Maurice?

—Es posible, pero no la abriremos.

—La duda es peor —le dijo Ursula, que seguía colgada de su cuello, rozándose contra su cuerpo sin importarle ser observada por los demás.

Maurice Lawal quitó las manos femeninas de su cuello y apartó a la joven.

—Cuando terminemos, el que quiera saber algo, que vuelva aquí y pida las llaves, al viejo Thompson o al mismísimo barón Olbaid. Ahora no hay nada que hacer.

—Eso lo veremos —silabeó Pietro, que era corpulento y se consideraba muy fuerte.

Pietro se abalanzó sobre Maurice y consiguió golpearle en la tabla pectoral.

Maurice, que no esperaba de su compañero un ataque semejante, en principio aguantó hasta el segundo golpe que le dio en el hígado, pero decidió no recibir más y con la mano que sostenía las llaves, le propinó un derechazo en la mandíbula.

Pietro rodó por el suelo de piedra áspera y mohosa, Mas, Maurice se vio desagradablemente sorprendido por la intervención de Donald, que saltó hacia su espalda y pasando sus antebrazos por debajo de las axilas de Maurice, le sujetó, inmovilizándole.

—¡Vamos, Pietro, dale fuerte! —gritó Donald, apremiante, pues Maurice reaccionaba con violencia para tratar de escapar a la presa de judo a que le habían sometido traicioneramente mientras las mujeres presenciaban la escena sin saber qué hacer, pues no todas eran del mismo parecer.

Maxim se les quedó mirando sin intervenir, pues era consciente de que no resultaba demasiado fuerte.

Pietro, al ver la colaboración de Donald, se puso en pie de un salto y golpeó el rostro de Maurice.

—¡Basta, basta! —gritó Colette, abalanzándose hacia los hombres que peleaban.

Ursula y Mary Gay la sujetaron por los brazos, casi enzarzándose las tres en una pelea.

Maurice, de complexión atlética, se inclinó sobre sí mismo e hizo saltar a Donald por encima de su cabeza, casi derrumbándole sobre Pietro, que se tambaleó por el golpe.

Maurice remató su acción con una patada en el rostro de Pietro, dejándole tendido y lamentándose de dolor.

Todos jadeaban. Por las comisuras de los labios de Maurice escapaban unos hilillos de sangre. Donald se quejaba de la cabeza y Pietro sangraba por la nariz.

Maxim sólo jadeaba de su propia excitación. Él no se peleaba nunca, no era hombre de acción.

Ursula y Mary Gay soltaron a Colette, que corrió hacia Maurice preguntándole:

—¿Te encuentras bien, te han hecho daños esos bestias?

Maurice se secó la sangre de la boca.

—No, no es nada y espero que a ellos tampoco les haya ocurrido nada. En cuanto a ti, gracias, eres la única en quien puedo confiar.

Colette les increpó, muy molesta:

—¿Veis a lo que ha llegado todo esto, os dais cuenta de que Maurice tiene razón? Esa puerta, este caserón, sólo va a proporcionamos problemas.

—La culpa es de Maurice por querer ser el dictador del grupo. Él no tiene autoridad sobre los demás —protestó Mary Gay.

—Está bien, arreglémoslo de una condenada vez. Luego, suceda lo que suceda, yo no me sentiré culpable de nada y si alguien enloquece o le sucede algo, será suya la culpa —dijo Maurice, dirigiéndose resuelto hacia la recia puerta, una puerta que en la extraña y diabólica caseta del Grey Park vieran abrirse.

Era imposible pensar que se tratara de la misma puerta, el Grey Park se hallaba a muchas millas de Here Village.

Secándose por segunda vez la sangre que tenía en las comisuras de los labios, Maurice Lawal se detuvo frente a la recia puerta. Sentía todas las miradas clavadas en su espalda. No las veía, pero intuía que había codicia en la mayor parte de ellas, codicia mezclada con algo de miedo.

¿Estarían a punto de abocarse a un pacto con el mismísimo diablo?

CAPÍTULO VIII

La llave era grande y pesada, lo mismo que la utilizada para franquear la entrada de la mansión y ambas se parecían mucho. Eran llaves antiguas, posiblemente hechas de forma artesana por algún forjador desconocido, unas llaves con un afiligranado trabajo que podía tener alguna simbología que ellos desconocían.

La impaciencia se notaba en todos los rostros.

Colette estaba estremecida de antemano. Pietro se tragaba lentamente la sangre que escapaba por sus fosas nasales hacia el interior de la laringe.

A Donald parecían querérsele saltar los ojos de las órbitas. Ursula no hacía más que humedecerse los labios con la lengua, pues se le secaban rápidamente. ¿Qué habría detrás de la puerta? ¿Habría algo espantoso? ¿Estaría el tesoro que vieran en aquella especie de sesión hipnótica colectiva en la barraca de feria o acaso nada, sólo una habitación vacía?

Mary Gay se frotaba sus huesudos dedos. Su pecho no era como el de Ursula o Colette; Mary Gay apenas tenía mamas y casi no se notaba su respiración.

Maxim avanzaba con pasitos cortos, como si no quisiera que se le notasen.

Tenía la impresión de que alguien extraño, maligno, estaba a punto de reírse de ellos, alguien que les observaba con mucha atención, alguien al que nadie quería nombrar, pero en el que todos pensaban, alguien que podía dejar escapar una carcajada cavernosa, escalofriante, una risa que parecía proceder de las profundidades más insondables, de los mismísimos avernos.

Se escuchó claramente el roce de la llave dentro de la cerradura.

En aquellos momentos, el silencio dentro del caserón almenado era impresionante. Sus muros de piedra, de grueso espesor, les

aislaban del exterior y la lluvia no se oía allí dentro.

Las llamas de los dos candelabros de siete velas estaban enhiestas, alargadas como puntas de jabalina y despedían un humillo negro y nauseabundo.

De pronto, al empujar la puerta, fue como si hubieran abierto la puerta a un huracán allí encerrado como por algún poder telúrico.

Con el viento salió un fortísimo rugido que les ensordeció e hizo gritar de pavor mientras se taponaban los oídos. Las llamas de los candelabros se inclinaron, como empujadas por el fortísimo viento, mas no llegaron a apagarse.

Después, el viento, como si sólo hubiera sido una cantidad determinada, cesó.

Volvió el silencio y desde donde estaban pudieron ver una amplia sala de muros oscuros e insondables.

En el centro, cuatro gruesos candelabros de una vela, todas encendidas, rodeaban una pilastra cubierta por un terciopelo rojo sangre. Sobre el terciopelo, la calavera que ya conocían, una calavera que en sí misma constituía un tesoro de incalculable valor.

Todos quedaron atónitos al verla. Nadie sabía cómo reaccionar. Ya no cabía duda de que una fuerza maligna andaba de por medio y, sin duda alguna, era el mismísimo diablo.

Lo que les había ocurrido en la barraca del Grey Park, en aquel estúpido congreso de brujería, no había sido un sueño hipnótico colectivo.

La calavera de oro macizo, con dos grandes brillantes ocupando por completo las cuencas de sus ojos, las lágrimas de rubíes, las perlas negras como dentadura, la soga de esmeraldas como base, eran una realidad, no había duda alguna.

Ahora no estaban soñando.

Bruscamente, Donald gritó:

—¡¡Asmodeo, rey de las tinieblas, yo pacto contigo!!

Sin que pudieran evitarlo, corrió hacia la puerta cruzando su umbral. Maurice trató de impedírselo, pero recibió un violento empujón y no pudo detenerle.

—¡Maldita sea! —Masculló Pietro con sensación de perdedor—. ¡Se la va a llevar Donald, va a ser para él!

Corrió también hacia el umbral, mas se detuvo en el borde mismo cuando vio lo que le ocurría a su predecesor.

—¡¡Socorro, auxilio!!

Donald había caído en plancha, como dando un violentísimo resbalón y se hundía en un viscoso lodo oscuro.

Chapoteó en él como queriendo mantenerse a flote ante la calavera que en vez de llorar lágrimas de rubíes semejaba reírse de él. Quiso recuperar la vertical sin conseguirlo.

—¡Tenemos que ayudarle! —gritó Maurice.

Todos, excepto Colette, retrocedieron horrorizados.

Maurice intentó atraparle por los pies, pero sus propios zapatos se hundieron en el lodo. Resbaló y estuvo a punto de caer tras Donald, que comenzaba a ser engullido por el nauseabundo y viscoso lodo negro.

Colette, desesperada, alargó su mano hacia Maurice. Éste la agarró y fue suficiente para que el joven lograra mantener el equilibrio y no cayera.

Dio paso atrás y cuando volvió la cabeza, la figura de Donald ya no se veía. Sólo escuchó un desagradable y patético gorgoteo.

Maurice se volvió, colérico, hacia los demás. Les miró a la cara reprochándoles lo ocurrido. Pietro masculló:

—Nosotros no tenemos la culpa de que se haya vuelto loco. Todos sabíamos que había una trampa de barro viscoso. Todos lo sabíamos, teníamos que recordarlo.

—Han querido excitar nuestra codicia y lo han conseguido. Donald ha desaparecido, ha muerto ante nuestros ojos por tratar de alcanzar una macabra calavera.

—Pero valiosísima —puntualizó Maxim—. Cualquiera de nosotros la quisiera para sí. Es un tesoro que puede sacamos de apuros para toda la vida.

—Es una trampa, ¿es que no os habéis dado cuenta aún? —preguntó Maurice.

Colette, muy cerca de él, apoyó sus palabras.

—Tienes razón, es una trampa del diablo para perdernos.

—Yo no creo en diablos —aseguró Pietro.

—¿Ah, no? La muerte de Donald ha sido horrible, horrible —se quejó Ursula.

—Admito que ahí hay una trampa, pero es sólo eso, una trampa. Eso ha ocurrido siempre, desde el tiempo de los faraones hasta nuestros días, pasando por los piratas.

—¿Qué pasará ahora con Donald?

Pietro se quedó mirando a Mary Gay como si acabaran de preguntarle una estupidez.

—¿Y qué va a pasar? Ya está muerto, ha desaparecido bajo esa ciénaga.

—Debemos decírselo a la policía —indicó Colette.

—No, sólo faltaría eso —reprobó Maxim—. Ya tuvimos bastante con la desgracia de Hugo, fue algo sonado, hubo hasta fotógrafos. Ahora sólo faltaría que contáramos que Donald ha muerto en una ciénaga; a lo peor no encuentran jamás su cadáver.

—No podemos decirlo —añadió Pietro—. Si la policía se presenta aquí, encontrará eso —señaló la macabra y valiosa calavera sollozante—, y no sé qué explicación daríamos.

—Nosotros tenemos un contrato en regla, Pietro. Si alguien tiene problemas, será el propietario de este caserón.

—No nos van a creer, Maurice —objetó Ursula.

Maurice comprendía que nadie, excepto él y Colette, deseaban que la noticia trascendiese.

Siempre existía una posibilidad de hacerse con el tesoro que casi tenían al alcance de la mano y su codicia ya había tenido tiempo de macerarse desde el momento mismo en que vieran la valiosa calavera en el Grey Park.

Hasta aquel momento se habían dicho a sí mismos, una y otra vez, que se trataba de un sueño hipnótico, pero ahora era realidad, estaba allí y sería para el que consiguiera tomarla y llevársela.

—Es preferible callar; después de todo, ya nada se puede hacer por Donald —dijo Mary Gay—. Y nadie va a creer historias de diablos, nadie. Nos tomarán por locos e incluso la policía sospechará de nosotros, sí, de nosotros, Pietro, Maurice, ¿os habéis visto la cara? Tenéis golpes de haber sostenido una pelea. ¿Qué creéis que pensará la policía si os ve? Dirían que ha habido pelea y os detendría en el acto. Luego sería muy difícil explicarse y todos los que estamos aquí somos pobres como ratas. Que le defienda a uno un abogado de oficio por indigente, estando acusado de asesinato, debe resultar muy desagradable.

—Si nos lleváramos la calavera, ya no seríamos indigentes —opinó Pietro.

—Pues anda, ve y cógela —le dijo Colette.

—Tú siempre me has odiado, Colette. Te gusta Maurice, ¿verdad?

—¡Cállate, estúpido!

—Sí, te gusta Maurice, por eso te haces la virtuosa, pero si él quisiera ya veríamos…

Colette le soltó una severa bofetada.

Pietro no era idiota y se percataba de que si replicaba a la joven con otro golpe intervendría Maurice y ya no estaba Donald para ayudarle, pues con el enclenque de Maxim no podía contar. Por ello, se limitó a decirle con los dientes apretados.

—No vuelvas a hacerlo, Colette, no vuelvas a hacerlo. Y os diré una cosa a todos: El día que quiera ese tesoro que hay ahí dentro, será mío.

Maurice cerró la puerta ocultando aquella estancia siniestra que semejaba estar en otra dimensión. Era una estancia diabólica que exacerbaba la codicia y hacía pagar muy caro al que se dejaba arrastrar por ella.

De pronto, Ursula descubrió algo importante, por lo menos así se lo pareció a ella.

—¡Mirad los candelabros! —exclamó.

Todos se volvieron a mirar los candelabros que se hallaban sobre el nacimiento de las barandas. Maxim preguntó:

—¿Qué les pasa?

—No seas torpe. Ursula quiere decir que en cada uno de los dos hay una vela apagada.

Colette, bajando la voz, musitó:

—Había siete velas encendidas, ahora son seis.

—Como nosotros —admitió Maxim.

Maurice propuso:

—Marchémonos de aquí. ¿No habéis oído hablar de que por obsesión podemos hacernos daño a nosotros mismos?

—No nos vengas ahora con teorías psiquiátricas —le dijo Mary Gay.

—La vela que falta es la vida de Donald, ¿no os habéis dado cuenta?

—Si lo que dice Ursula fuera verdad, sería fantástico —opinó Maxim—. Cada una de esas velas es una vida nuestra.

—No hagáis caso de eso. Dentro de esa repugnante sala había

una acumulación de gases que han escapado de pronto y han podido apagar la vela.

—Tu observación no me parece convincente, Maurice —le dijo Pietro—. No creo que esa puerta ajuste tan bien que pueda conseguir una presión de gases como la que hemos presenciado al abrirla.

De pronto, Mary Gay soltó una aguda carcajada contra lo que era usual en ella.

En voz muy alta, sin dejar de reírse, exclamó:

—Estamos histéricos, somos unos niños muertos de miedo, metidos en un caserón abandonado y que creemos que es de Satanás, Rofocale o Asmodeo, o como se llamara aquel muñeco de feria, porque todos nos hemos dado cuenta de que el barón Olbaid, dicho al revés, es el barón Diablo. No me negaréis que os habéis dado cuenta…

—Entonces, ¿todo es mentira? —Preguntó Ursula—. ¿No es cierto que ese tesoro tan feo, pero interesante, esté detrás de esa puerta?

—Sí, sí está, pero debe tomarse según las normas que nos indicó el diablo. Hay que venderse.

—Tonterías, estamos soñando, nos dejamos influir. Seguro que Donald no está en esa ponzoñosa y nauseabunda ciénaga, lo encontraremos en cualquier parte, estamos soñando —se rió Mary Gay, poniendo una cara muy especial.

—Mary Gay, Mary Gay, no hagas eso, no pongas esa cara, me das miedo —le pidió Ursula.

—Siempre te he dado miedo, Ursula, siempre. Eres muy bonita. Mira, mira mi mano.

—¿Qué le ocurre a tu mano? —preguntó Maurice.

—Que tiene un profundo alfilerazo. Una aguja de acero me fue hundida hasta el mismísimo hueso y yo no solté el más leve quejido.

—Mary Gay, ¿tú? —preguntó Ursula, más asustada todavía.

—Sí, yo. Yo no creo en paparruchas, no creo en ellas.

Fue hacia la escalera y subió unos peldaños, quedando su rostro a la altura de las velas.

—¿No decís que estas llamas significan nuestras vidas, no decís esa tontería que suena a cuento de brujas?

—Mary Gay, ¿qué vas a hacer? —preguntó Colette, evidentemente asustada.

—Demostraros que todo esto es una estupidez. Yo soy tan influenciable como los demás, pero en cada cosa que vemos y que nos parece normal no hemos de ver un signo diabólico.

—¿Y qué piensas demostrar? —Preguntó Pietro, escéptico—. ¿Crees que si apagas una vela matarás a uno de nosotros, de verdad crees que cada vela encendida representa una de nuestras vidas?

Maxim notó que su ceja derecha se disparaba sola, en un fortísimo e incontrolable tic nervioso. Con algo de temblor en su voz, suplicó:

—Mi llama no la apagues, Mary Gay, no la apagues, quiero vivir.

—Esto se pone interesante —dijo Mary Gay brillándole los ojos en forma especial, como si estuviera drogada. Sus facciones se afilaron.

Maurice trató de controlar la situación con un simple razonamiento.

—Es inútil que soples las velas, no te llevarás ninguna vida, Mary Gay. El diablo no asesina, el diablo sólo quiere almas perdidas.

—Quizá todos estéis podridos y el diablo se os lleve de buena gana —se rió histérica, Mary Gay. Su risa retumbó en las paredes pétreas de la siniestra mansión.

—Tú no puedes estar segura de eso —rebatió Ursula, ofendida —. Yo soy una persona pura.

—¿Tú pura? Siempre andas provocando a los hombres y si no te has vendido, no tardarás en hacerlo. Ah, cuanto más tardes, menos vas a recibir a cambio, porque te harás vieja, vieja y horrible y cuando quieras provocar a los hombres, te darán empellones, te escupirán.

—¡Está loca, se ha vuelto loca! —gritó Ursula, asustada.

Maurice habló acercándose despacio para no excitarla más.

—Te ha impresionado. Es algo fantástico, increíble, si quieres. No resiste ningún razonamiento, pero estamos viviendo una pesadilla juntos. Si somos fuertes venceremos a las fuerzas del mal.

—¿Fuertes? —se volvió a reír—. Todos tembláis. Si soplo, se apagará una llama, ¿y a quién le tocará morir?

—¡Apártate de ahí! —exigió Maxim.

—No, no me aparto. Me estoy riendo de vosotros, hatajo de imbéciles. ¿No os habéis dado cuenta todavía de que os estoy embromando? Es una solemne estupidez suponer que la llama de una vela representa una de nuestras vidas. Mirad, mirad bien… Yo misma apagaré la llama que corresponda a mi vida. Me voy a suicidar… Oh, Satán, príncipe de los infiernos o mejor, como decía aquel muñeco cornudo, oh, Asmodeo, me suicido… —Mirando las velas, se preguntó enfática—: ¿Cuál, cuál es la mía? Ésta, ésta será…

Tomó una de las llamas entre sus dedos y la apagó cogiéndola por debajo con gran habilidad, sin temor a quemarse. La vela humeó rápidamente.

Bruscamente, todo el caserón retumbó. Una ventana alta, encristalada, se abrió como violentada por una ráfaga de viento e, instantáneamente, penetró por ella un retorcido haz, luminoso como el mismo sol, que les cegó.

El rayo fue contra la baranda de viejos y forjados hierros. Resbaló por ellos hasta llegar al fin mismo y allí, Mary Gay sufrió una violenta sacudida. Lanzó un grito que se fundió con el estampido del trueno que hizo saltar cristales en alguna parte del caserón. Luego, silencio. Antes de que alguien lo rompiera con su voz, lo hizo la ventana alta, muy alta, que se movió gruñendo al compás del viento.

—¡Mary Gay! —gritó Colette.

—¡Dios mío, qué horror! —gimió Ursula al ver a Mary Gay completamente negra por lo carbonizada.

Seguía en pie, cogida a la baranda a través de la cual le llegara la muerte.

Maurice fue el único que se acerco a ella.

Mary Gay semejaba una estatua. Sólo sus ojos brillaban en ella muy abiertos, atrapada en una muerte en la que no había creído.

Al tocar a Mary Gay, ésta se desmoronó, golpeándose contra los escalones. Se partió en pedazos como si fuera de carbón.

Ursula profirió un espeluznante chillido y se dio la vuelta para no ver nada. No podía soportarlo.

Maxim, temblando ostensiblemente, señaló el candelabro.

—¡Mirad, mirad, allí también se ha apagado la misma vela que

ha apagado Mary Gay en el otro candelabro!

Ursula corrió hacia la puerta y todos retrocedieron hacia ella. Maurice les miró y dijo:

—Afuera, nos vamos todos ahora mismo.

Maurice fue hasta la puerta maldita y volteó la llave, dejándola cerrada.

Sin apagar los candelabros, salió tras sus compañeros y cerró la puerta del caserón. Afuera seguía lloviendo y atrás, entre los muros pétreos y seculares, quedaban dos cadáveres, uno de ellos desaparecido en el fondo de la enigmática ciénaga y el otro carbonizado totalmente, hasta tal punto que se había partido en pedazos al caer.

Llovía débilmente, pero de una forma continua. Subieron al microbús y éste arrancó con facilidad, encendiendo sus faros, que rasgaron las tinieblas y la cortina de agua.

El
zum-zum
del limpiaparabrisas comenzó a trabajar monótonamente. Dentro del «ataúd rodante» se notaba la ausencia de dos personas: Donald y Mary Gay.

Nadie habló hasta que el caserón almenado desapareció tras ellos. Les era imposible verlo; sólo veían bosque a derecha e izquierda.

Al fin, Colette rompió el silencio alzando su voz por encima del rumor del motor, mientras las ruedas del vehículo saltaban por encima de las piedras y se hundían en los baches repletos de agua de lluvia.

—¿Vamos a ir a la policía?

—Primero iremos a ver a ese Thompson —dijo Maurice.

Tras ellos, Pietro observó:

—Sí, nos tendrá que explicar muy bien dónde está el barón Olbaid o, como ya hemos dicho, el barón Diablo.

—¿Ese viejo renqueante será también un ser infernal? —preguntó Maxim.

—Pronto lo sabremos. Por lo menos, él es de carne y hueso y si le cogemos por el pescuezo y le sacudimos un poco en el aire, es posible que averigüemos algunas cosas.

—¿Será posible que si se hacen las cosas como indicó el diablo

en Grey Park se pueda conseguir el tesoro de la calavera?

Todos, excepto Maurice, miraron a Ursula.

Colette dijo:

—¿No te has dado cuenta ya de lo que ha ocurrido?

—Es verdad, pero cuando uno tiene la riqueza tan al alcance de la mano, se pone un poco nervioso.

Pietro comentó con soma:

—Parece mentira que tú digas eso con las posibilidades que tienes y después de lo que te ha ofrecido el cerdo de Charrow.

—Esos cuentos ya no me los creo, me parecen mejores los del diablo. Tengo una amiga que cedió ante esas promesas y no le da ni para alpiste.

El microbús se encontró con la primera de las torrenteras, la menos violenta en su recogida de aguas de las montañas. Maurice Lawal detuvo el vehículo y Pietro, algo nervioso, preguntó:

—¿Qué sucede ahora?

—Como ha seguido lloviendo tanto, baja mucha agua, no sé incluso si bajarán piedras. Puede ser que al atravesar esta torrentera recibamos algún golpe o nos vayamos a la ladera que tenemos a la derecha.

—Hay que pasar —dijo Colette, nerviosa—. No nos vamos a quedar aquí, yo no quiero regresar al maldito castillo del diablo.

—Pietro, ¿no decías que éramos un grupo democrático? —interrogó Maurice.

—Eso es.

—Pues, ¿qué hacemos? Porque yo no me fío de lo que vaya a ocurrir.

—Pasa —pidió Ursula.

—Bueno, lo intentaremos, el motor está caliente y escupirá el agua. Esperemos que alguna roca no nos rompa el «cárter» ni la transmisión. Debajo de ese agua que bulle más que corre puede haber una roca traidora.

Maurice puso la primera marcha; pisó el acelerador con suavidad para que el carburante no entrara excesivamente en el motor y luego, ya con fuerza en el mismo, pisó el pedal de gas a fondo.

El microbús brincó sobre la torrentera. El agua le golpeó por su costado izquierdo, las ruedas de la derecha bailaron y el vehículo se

inclinó peligrosamente.

Estaba a punto de ser vencido al perder el centro de gravedad y empujado por las aguas gélidas que descendían por la torrentera que cruzaba la pista forestal y que no tenía un desaguadero previsto.

—¡Todos a la izquierda! —gritó Maurice, apremiante.

Los cinco, apiñados unos encima de otros, se agolparon sobre el lado izquierdo donde las ruedas se habían levantado en el aire.

Ursula notó la presión muy intencionada de Pietro sobre su anatomía, pero el rumor del agua, la excitación del momento, le impidieron protestar.

El peso, situado a la izquierda, hizo que las ruedas descendieran, tocando unas rocas sumergidas en las aguas. El vehículo saltó hacia delante, escapando al peligro de rodar ladera abajo, mezclados con las piedras y el agua que chorreaba.

—¡Ya podéis sentaros bien! —exclamó Maurice, guiando el «Volkswagen» con destreza por la pista forestal que en algunos puntos se convertía en un verdadero barrizal.

Pero Maurice temía la segunda torrentera que era más grave. Cuando llegaron a ella, volvió a detenerse.

Los faros iluminaron el agua que cruzaba el sendero en una amplitud no inferior a diez yardas. El camino semejaba atravesado por un río de aguas rápidas.

—¿Podremos pasar? —preguntó Maxim.

—No sé si lo conseguiremos —respondió con sinceridad—. Quizá lo mejor sería que todos descendierais de este trasto y yo sólo intentara rebasar la torrentera. La cruzáis a pie y si he llegado vivo al otro lado, os reunís conmigo. Es más fácil pasarla a pie que en coche.

—Sí, es mejor —aceptó Maxim—. A pie se podrá cruzar y sin peligro de volcar.

De pronto, Ursula comenzó a gritar histéricamente mirando a través de la ventanilla. Todos miraron en la misma dirección y bajo la lluvia vieron a un ser, si es que así podía llamarse a un espectro.

—¡Es Donald, es Donald! —gritó Maxim.

Junto a la torrentera había aparecido la figura espectral, empapada de lluvia y rodeada de un halo amarillo grisáceo.

Era Donald, no cabía duda, pero semejaba que los cabellos le

hubieran crecido, tomándose de un gris blancuzco y sucio.

Su rostro era blanco azulado y sus labios carecían de color. Andaba despacio, como poseído de una gran pesadez, como si para él la gravedad de la tierra se hubiera multiplicado o sus venas carecieran de sangre suficiente para mover sus piernas.

—¡Estoy muertoooo, estoy muertoooo! —Repetía con voz ronca, como de ruinas que se desmoronan, como barranca que se abre—. ¡Estoy muertoooo, no cumplí el pacto, estoy muertoooo!

Parecía que iba a llegar hasta el microbús. Alzó sus manos y consiguió aplastarlas contra el cristal de una de las ventanillas.

—¡Arranca, Maurice, arranca! —sollozó Colette, agarrándose de su brazo.

Maurice pisó a fondo el acelerador y se metió en las aguas de la torrentera.

El microbús perdió estabilidad y quedó flotando, empujado por la fuerza de las aguas hacia el barranco. Cuando ya todo semejaba irremediable, el suelo quedó bajo las ruedas y éstas, que giraban primero en el agua, pues el motor no había dejado de funcionar, arrancó hacia delante cuando era como un cascarón de nuez a la deriva.

Salió de las aguas y rodaron por la carretera como perseguidos por el mismísimo Donald que era un cadáver viviente.

Maurice conducía a gran velocidad por la infernal carretera. El «Volkswagen» brincaba y crujía, semejando que sus piezas fueran a asaltar todas de un instante a otro.

Nadie dijo nada por el camino hasta que llegaron al enlace con la carretera nacional. Dejaban atrás aquella carretera de barro y piedras para tener el asfalto delante cuando Maurice detuvo el microbús muy preocupado. Tomando las llaves del caserón que estaban en la guantera, dijo:

—No hemos visto Here Village.

—Es cierto —admitió Pietro—, no lo hemos visto.

Maxim observó:

—Lloviendo y tan oscuro como está, quizá nos hemos pasado de largo, especialmente después de lo que hemos visto.

—¿Qué haremos ahora?

—Estas llaves están malditas, parecen las llaves del Infierno.

Maurice bajó el cristal de la ventanilla y arrojó las pesadas llaves

junto a la cuneta, en el cruce de la carretera asfaltada con la pista forestal. Las llaves quedaron medio ocultas entre unos matorrales empapados de agua.

—Al diablo con Here Village y sus espectros —mascullό Maurice, penetrando en la carretera asfaltada.

—Maurice, ¿iremos a la policía? —interrogó Colette.

No obtuvo respuesta, nadie quería decir nada.

Acudir a la policía para explicar lo ocurrido sólo les traería complicaciones, las más leves, el manicomio. Por ello, sólo con el rumor del motor del «Volkswagen», la lluvia golpeando el techo del vehículo, se fueron alejando.

Mas, no todos querían olvidar que atrás quedaba un macabro tesoro que podía ser para aquel que lo tomara.

CAPÍTULO IX

Pietro se hallaba a oscuras en su habitación, tendido en la cama. Tenía calor.

Madame Catherine había puesto todas las estufas de la casa al máximo desde el mismo momento en que Maurice Lawal le pagara todas las deudas e incluso una semana por adelantado.

La vieja se había vuelto sorprendentemente amable, lo malo es que su amabilidad no duraría más de lo que durara el dinero que habrían de pagarle.

Madame Catherine había preguntado por los ausentes y Maxim, con cierto nerviosismo, le respondió que habían salido de viaje. En realidad no se habían puesto de acuerdo sobre lo que debían explicar. No estaban seguros de nada.

No sabían si vivían una pesadilla o una realidad. Si acudían a la policía, ¿a qué culpable habrían de perseguir y capturar? Era absurdo pedir a la justicia que persiguiera al diablo.

Pietro tenía pesadillas. Veía el espectro de Donald vagando bajo la lluvia con sus cabellos sorprendentemente encanecidos, con su faz blanca. Veía la calavera diabólica, aquella calavera que era un fabuloso tesoro.

Pretendía cogerla con las manos, pero cuando la rozaba con las yemas de sus dedos, ella se apartaba y era inútil perseguirla. Siempre se alejaba y parecía mofarse de él.

De pronto, la puerta del dormitorio se abrió lentamente.

Como no estaba enteramente despierto, sintió un pánico atroz. Temía que uno denlos espectros fuera en su busca… El que se había reído de todo, él que se mostraba escéptico y refractario a todas las historias de aparecidos y diablos, experimentaba verdadero terror al notar que la puerta de su cuarto se abría lentamente.

Intentó gritar pero se le secó la garganta. Notó los tendones

tensos y secos como alambres de acero jamás engrasados. La voz no le respondía. Quiso gritar en medio del calor sofocante que reinaba en la habitación cuando en la calle hacía un frío que helaba el aliento, mas no podía hacerlo.

De pronto, a contraluz, pues en alguna parte del corredor había una débil luz y en la alcoba ninguna, vio claramente una silueta de mujer, cubierta con una *negligée* de gasa suave.

Algo le arrancó el miedo del cuerpo, y ese algo fue el color rubio platino del largo y sedoso cabello que caía, abundante, por los hombros de la mujer.

—¿Ursula?

—Sí, Pietro, soy yo.

Ursula penetró en la estancia y cerró la puerta.

Desconcertado, atónito cuando menos lo había esperado, Pietro recibió a la joven.

* * *

Sobre la mesita de noche había quedado encendida una linterna de las utilizadas por los automovilistas para hacer señales de peligro en caso de avería. La linterna iluminaba débilmente la estancia con sus tonos rojos.

Pietro observaba el rostro de Ursula. Acarició sus cabellos. Era obvio que le gustaba.

—Ursula…

—¿Qué?

—¿Por qué no nos vamos a alguna parte? Podemos vivir juntos, yo trabajaré para ti.

—¿Trabajar para mí? No digas tonterías, tú no tienes dinero. Y yo que escogí vuestro grupo porque pensaba que un día tendríamos éxito.

—Aunque tenga que asaltar el Banco nacional, algún día seré rico.

—¿Tú rico?

Se rió burlona y aquello exasperó a Pietro.

—¿Por qué has venido a buscarme?

—Porque tú y yo sí podemos ser ricos, pero hay que apresurarse, antes de que se nos pase la oportunidad.

—¿Tú y yo ricos, cómo?

—Los hombres sois fuertes, dominantes pero absurdamente tontos. ¿Cuánto crees que puede valer aquella calavera?

—No lo sé. Entera es toda una joya y es posible que valga más entera que desguazada, pero vendiéndola entera, todos harían demasiadas preguntas.

—Vendiéndola desguazada y sin que la policía nos persiga, podemos tener millones. ¿Acaso no te Ajaste en aquellos brillantes? No están catalogados y cualquier museo o tesoro nacional los compraría. Hasta podrían lloverte los *petrodólares*, que eso sí es dinero seguro, que no se devalúa.

—Caramba, Ursula, pareces muy enterada del mundo de la joyería y las finanzas.

—Es que he visitado a un amigo mío que tiene una joyería y he podido sonsacarle algunas cosas.

—¿Y ese amigo tuyo podría vender lo que pusiéramos en sus manos?

—Si no lo busca la policía y por una comisión discreta, lo pondrá todo en el mercado y seremos fabulosamente ricos.

—Qué maravilla, si eso fuera verdad, pero ¿cómo se puede tomar esa calavera? Es una fantasía irrealizable, hay momentos en que pienso que todo es una pesadilla. ¿Sabes que he soñado con ella?

—Yo no he soñado, Pietro, he pensado en ella. No te niego que paso mi susto, pero si cumplimos lo que aquel diablo exigió, podríamos conseguirla. Ni Donald ni Mary Gay hicieron lo que debían, nosotros sí podemos hacerlo.

—¿Qué es lo que se te ha ocurrido, Ursula?

—Muy fácil. Se puede pasar por encima de la ciénaga mortífera si se lleva en una mano la mano cortada de un ahorcado con un cirio sujeto a ella.

—Pues no dices nada —suspiró Pietro, resignado y desesperanzado a la vez.

—No seas imbécil. ¿No te acuerdas de cómo murió Hugo?

Pietro parpadeó antes de decir, como sorprendiéndose a sí mismo:

—Ahorcado…

—Exacto, Hugo Foundling murió ahorcado. Una de sus manos sirve para sostener el cirio; de este modo, llegamos a la calavera y

nos la llevamos.

—Ursula, tú has venido a hablar conmigo para pedirme que haga todo eso de la mano cortada, ¿verdad? —dijo más afirmativo que interrogante.

—Bueno, debes admitir que no eres precisamente un Apolo.

—Si no soy un Apolo, ¿por qué no te has ido a la habitación de Maurice, o acaso te has equivocado de puerta? —preguntó con sorna.

—Maurice es diferente; además, yo sé que le gusta Colette, las mujeres nos damos cuenta de eso, lo mismo que me he dado cuenta de que yo te gusto a ti. Y ya ves, he venido antes de pedirte nada. ¿No serás capaz de complacerme ahora? Serías rico y además yo estaría contigo. Es el negocio de tu vida, Pietro, tu gran oportunidad de salir de esta existencia miserable.

—Pero ¿tú te atreves a ir a Here Village, a regresar al caserón del barón Olbaid?

—Si vamos juntos y cumpliendo lo que se nos dijo, ¿por qué no? Hemos de ir sin burlarnos de nada, sin extrañarnos de nada de lo que veamos.

—Eso será hacer un pacto con Satanás, Asmodeo o como le llamen —objetó Pietro que, sin embargo, cada vez se dejaba convencer más por la atractiva Ursula—. Pero, necesitamos un vehículo.

—Tengo un primo que tiene una chatarrería de coches viejos y sé que tiene un *jeep* «Commander». Está algo viejo, pero puede servimos, así nadie se enteraría de nada.

—¿Un primo? —preguntó él, incrédulo.

Ella, sonriendo como una zorra, respondió en tono de pregunta:

—¿Y qué más da?

—Por lo visto estás dispuesta a todo, ¿eh? —Saltó de la cama—. Vamos a ver a tu primo o… a tu amiguito.

—¿Decidido?

—Sí, ¿por qué no? Es mejor pasarlas moradas durante unas horas que moradas toda una vida.

Silenciosa y sigilosamente, abandonaron la casa de *madame* Catherine.

Tomaron un taxi y se dirigieron al cementerio de automóviles del que hablara Ursula. Al llegar allí, abandonaron el taxi y Ursula

dijo:

—Mira, es aquel *jeep* que hay allá.

—Bueno, ¿y las llaves?

—Las tengo en mi bolso —anunció ella, sonriendo.

—Caramba, has pensado en todo.

—Tenía que pensarlo. La posibilidad de la fortuna sólo pasa una vez por nuestra vida y hay que cogerla aunque sea por los pelos.

—O vendiendo el alma al diablo.

—Qué tontería. Al diablo también se le puede burlar, Fausto lo hizo con Mefistófeles.

—Lo has planeado todo… Incluso, antes de ir a verme a mí, has ido a buscar las llaves y supongo que ofreciendo lo mismo que me has ofrecido a mí.

—Idiota. Si quieres que sea sólo tuya, ayúdame, ayúdame a que el tesoro sea nuestro y luego te seré la más fiel de las mujeres.

—Como engañáis las mujeres, maldita sea, y yo que creía que de verdad eras honesta… En fin, vamos a por el *jeep*.

Ya en el *jeep*, que tenía un par de palas y un hacha de gran tamaño, pues era un vehículo para trabajos de montaña, Ursula le entregó las llaves a Pietro. Éste lo puso en marcha, dirigiéndose al cementerio.

—Es una noche fría pero por suerte no llueve.

—Mejor, así trabajaremos tranquilos. A estas horas no estará el sepulturero.

Detuvieron el *jeep* «Commander» cerca del cementerio pero no demasiado para que no llamara la atención. Pietro tomó una de las palas y se apeó del vehículo. Al ver que Ursula se quedaba dentro, le dijo con cierto sarcasmo:

—Oye, preciosa, si quieres tu parte has de colaborar.

—Yo no tengo fuerzas para cavar.

—Pues toma el hacha, habrá que cortarle las manos al cadáver de Hugo. ¿No es eso lo que hemos venido a hacer aquí?

—Pietro, sé bueno, esto me repugna.

—A mí también, de modo que si quieres tu parte, ven conmigo o lo hago yo solo y te dejo a ti de lado.

Ante el temor de que Pietro cumpliera su amenaza, la joven, de mala gana, bajó del *jeep*. Tomó el hacha y le siguió, resignada.

No llovía, pero la tierra estaba muy blanda.

A Ursula no le gustó nada meterse en el cementerio de noche y con la sola luz de una linterna que portaba Pietro, el cual llevaba la pala al hombro.

Pasaron entre lápidas y cruces, todo tenía un aspecto fantasmal. Parecía que de un instante a otro las tumbas fueran a levantarse y de su interior comenzaran a brotar los cadáveres que se dirigieran hacia ellos como lo hiciera el espectro de Donald, diciéndoles que estaba muerto.

Entre aquel mundo de silencio, llegaron hasta la zona del cementerio donde se sepultaba a cuantos renegaban de toda clase de creencias y a los suicidas.

—Aquélla es la tumba de Hugo —dijo Pietro, acercándose a ella y comprobándolo por la lápida—. Creo que si no me hubiera vuelto loco no estaría aquí dispuesto a hacer la cosa tan horrible que tú me has pedido que haga, Ursula.

—No seas niño, a él no le hacemos daño y nosotros podemos ser ricos… ¿Es que no nos han dado suficientes pruebas del poder de ese diablo?

—Pero al final tendremos que pagar de alguna manera.

—¿Y qué más da? De todos modos, con la vida que llevamos, más tarde o más temprano terminaremos siendo escoria de la sociedad.

—No sé qué tenéis las mujeres hermosas que siempre empujáis a los hombres a cometer las más horrendas barbaridades.

—Cava y deja de quejarte. Cuanto antes terminemos, antes nos marcharemos de aquí.

Pietro comenzó a cavar con energía y la tierra fue saliendo rápidamente de la fosa. Incluso, llegó a comentar:

—Esto es muy fácil de cavar, la tierra está muy suelta. Es como si lo hubieran sepultado hoy mismo.

—Así nos marcharemos cuanto antes —le dijo Ursula, que le iluminaba con la linterna mientras Pietro cavaba con energía, satisfecho porque la tierra cedía fácilmente a las paladas—. Adelante, Pietro, pronto tendremos la clave que nos hace falta.

Al fin, la pala golpeó sobre el ataúd y ambos sonrieron. Pese al frío de la gélida noche, Pietro estaba sudoroso.

Comenzó a quitar la tierra en derredor de la tapa. Luego, con la misma pala, hizo saltar los herrajes que ya aparecían estropeados.

—Ahora ilumina bien —pidió—, y no temas demasiado; después de todo, no ha tenido tiempo de agusanarse.

Ursula se dispuso a aguantar lo que fuera. En una mano tenía la linterna y en la otra, el hacha, Al fin, con un ruido escalofriante, pues la tierra mojada se había introducido entre los goznes de la tapa del ataúd, Pietro lo abrió.

El foco de la linterna iluminó plenamente el cadáver.

—¡Ursula! —gritó Pietro, echándose atrás.

La joven ahogó un grito y se tambaleó, estando a punto de caer al interior de la fosa, sobre el cadáver del suicida el cual no sólo estaba horrible, sino que tenía los antebrazos cruzados sobre el pecho como era costumbre sepultar a los muertos, pero le habían sido amputadas ambas manos.

—¡Maldita sea, maldita sea! —mascullò Pietro.

En un ataque de rabia y cólera, golpeó el cadáver con la pala.

—¡Basta, Pietro, basta, tápalo, tápalo de una vez! —gritó Ursula, ya sin tener en cuenta que podían ser oídos y descubiertos.

—Se nos han adelantado, se nos han adelantado —rugió el hombre.

—Pues si se nos han adelantado, ¿a qué esperamos? Vamos a Here Village. Después de esto, no vamos a dejar que otro se lleve el tesoro, ¿verdad? ¡No vamos a dejarlo para otro!

—¡Pues claro que no!

Arrojó la pala sobre el ataúd sin preocuparse de sepultarlo de nuevo y salió de la fosa echando a correr. Ursula, con sus zapatos de tacón, se las vio y deseó para seguirle, temiendo quedarse sola en el cementerio, con un cadáver desenterrado cuyas manos habían sido amputadas.

—¡Pietro, no me dejes, espera, espera!

CAPÍTULO X

Colette llamó insistentemente a la puerta de la habitación de Maurice Lawal. Al fin éste, con expresión somnolienta, salió a abrirle.

—¿Qué pasa? Ah, eres tú, Colette… ¿Sucede algo?

Estiró su mano, la ciñó por la cintura y buscó sus labios.

—No, Maurice, ahora no.

—¿Qué ocurre?

—Ursula no está en su cama.

—Bueno, ¿y qué? No es ninguna niña, ella sabrá lo que hace. En estos momentos, tú tampoco estás en tu cama.

—Maurice, tengo una corazonada, llámala estupidez de mujer si quieres, pero creo que Ursula ha vuelto al caserón.

—No me digas, ¿sola? Si estaba asustadísima…

Ante la objeción de Maurice, Colette explicó:

—Ha dicho que el tesoro de la calavera sería la salvación de su vida y que merecía la pena exponerse si alguien la ayudaba. Le he pedido que lo olvidara, que ya había habido demasiados sucesos de los que tendríamos que dar cuenta a la policía aunque nos tomen por locos.

—Pero ¿cómo sabes que se ha ido?

—He oído pasos. La habitación de Pietro está abierta, he empujado la puerta y él no está dentro.

—Espera, iremos a ver a Maxim a ver si él sabe algo…

Se dirigieron al dormitorio de Maxim y también lo hallaron vacío, pero en su mesita de noche había un libro de pactos satánicos. Colette lo tomó entre sus manos, mostrándolo a Maurice.

—Están obsesionados.

—Sí, veo que están dispuestos a pactar con el mismísimo diablo. Creía que estaban en un grupo teatral de vanguardia porque

deseaban la verdad, pero han resultado tan codiciosos como todos.

—¿Avisamos a la policía?

—Si vamos a contarle a la policía que el demonio está a punto de llevarse las almas de nuestros amigos, seguro que no salimos de la estación de policía y nos encierran en una de las celdas.

—Pues, ¿qué hacemos?

—Voy a ir a Here Village.

—Yo te acompaño.

—¿Tú? Será mejor que te quedes, no sé lo que va a suceder.

—Maurice, yo también estoy metida en esto, te acompaño —dijo, resuelta.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que me dejes que te bese, hace tiempo que deseo hacerlo. Yo también me estoy cansando de luchar por un teatro en el que nadie cree.

—Condición aceptada.

La estrechó contra sí y posó sus labios suavemente sobre los femeninos. Después fue oprimiéndola cada vez más fuerte hasta dejarla sin aliento, pero ella no se quejó.

—Colette, creo que ya es hora de que me fije en ti.

—Creí que te habías fijado en Ursula —replicó en voz baja, con un mohín de reproche.

—Ursula es una mujer provocativa, pero sólo es sexo, sexo puro. Tú no eres como ella.

—¿No tengo *sexy*?

—Sí, *sexy* y otros valores mucho más importantes, de los que Ursula carece. Ahora tendremos que aplazar esta conversación y ver qué podemos hacer por ellos.

Salieron de la casa de *madame* Catherine. Ya en la calle, Maurice Lawal soltó un taco, muy molesto:

—¡Se han llevado el microbús!

—¿Qué haremos ahora?

—Tengo unas libras y conozco un lugar donde alquilan coches y está abierto las veinticuatro horas del día.

* * *

Maxim llegó al caserón almenado a bordo del microbús, tras

recoger las llaves lanzadas en el cruce de caminos. Tampoco había conseguido encontrar Here Village, era como si la aldea se hubiera esfumado.

Detuvo el «Volkswagen» delante del caserón, enfocándolo con los haces de luz que salían de los faros.

Se dirigió a la puerta y utilizando una de las llaves, la abrió. En la otra mano llevaba una bolsa.

Maxim sentía miedo, pero la codicia era más fuerte que su temor.

Entró en el gran salón, pétreo, húmedo y nauseabundo. Las llamas de los candelabros seguían ardiendo como si alguien se cuidase de mantenerlas, pero en cada uno de ellos sólo había cinco velas encendidas.

La chimenea también estaba encendida; allí ardían las llamas entre unos troncos que no semejaban consumirse jamás.

En medio del salón, abrió la bolsa que llevaba consigo. Volcándola sobre el suelo, aparecieron las dos manos amputadas del ahorcado Hugo Foundling.

Maxim experimentó una profunda sensación de repugnancia, pero había llegado hasta allí y no pensaba retroceder.

—Yo me llevaré el tesoro, nadie más…

Tomó una de las manos con verdadero asco y la arrojó al fuego de la chimenea. Allí se ennegreció y retorció rápidamente. Luego, tomó la otra y se encaminó hacia uno de los candelabros.

De inmediato, descubrió el cuerpo ennegrecido y roto de Mary Gay y retrocedió asustado. Los ojos abiertos de Mary Gay le produjeron terror. Ir en busca de aquel macabro tesoro le estaba costando demasiado.

Fue hacia la otra escalera para no tener que soportar la visión de Mary Gay y arrancó una de las velas apagadas del candelabro. La puso en la mano del ahorcado y tuvo que hacer fuerza para sujetarla. Trató de encenderla, mas resultaba imposible, no había forma humana de que aquella vela apagada se encendiera.

—No lo conseguirás nunca, Maxim, nunca. Ésa es mi vela y yo ya estoy muerto —le dijo la voz de ultratumba que le obligó a mirar hacia lo alto.

Allí descubrió el espectro de Donald.

Maxim sintió como un colapso cardíaco, un ahogo en el pecho

que le impedía respirar y le proporcionaba un dolor agudísimo. Como pudo, tiró al suelo la vela y torpemente tomó la otra. Una segunda figura espectral apareció en lo alto, junto a la de Donald…

—Mi llama está apagada, Maxim, está apagada, debes de tomar la tuya, la tuya… —repitió el espectro terrorífico de Mary Gay, cuyo cadáver, sin embargo, yacía al pie de la escalera.

El corazón de Maxim no podía resistir más y gritando, lanzó la mano del ahorcado, junto con la otra, al fuego de la chimenea.

—¡Nooo, nooo!

—Maldito, ¿qué has hecho? —inquirió Pietro, que irrumpía en aquellos instantes en el salón.

Ursula llegaba jadeante tras él.

Pietro corrió hacia el hogar, mas no pudo sacar la mano que se carbonizaba rápidamente por la acción del fuego.

Mientras, Maxim hacía una extraña pirueta y caía pesadamente al suelo. Su cráneo golpeó sórdidamente contra las losas pétreas.

—¡Pietro, Pietro, otra vela se ha apagado en los candelabros, otra vela menos que arde! —gritó Ursula.

—Estúpido alfeñique, creía que él solo podría hacerlo, y va y se muere de miedo —masculló, dándole una patada al cadáver de Maxim.

—¡Pietro, no hagas eso, no lo hagas! —suplicó Ursula.

—¿Es que no te has dado cuenta de que ha lanzado las dos manos que hacían falta al fuego y ya no nos sirven? Ya no podemos obtener el tesoro, ¿o sí podemos?

—¿En qué forma? —interrogó Ursula.

—Todos oímos cómo Rofocale decía que bastaba el cadáver de una mujer impúdica, una mujer que se hubiera prostituido por lucro, el cadáver de una zorra…

—Qué locura, no vamos a volver ahora al cementerio en busca de un cadáver —exclamó la joven, asustada.

—No, si no hace falta…, ¡tú eres una zorra! Tú has venido a mi habitación por codicia, por obtener el tesoro. Tú eres la zorra que hace falta.

—¡Pietro, Pietro! ¿Qué piensas? ¡Nooo!

Ursula corrió despavorida, pero Pietro le cerró la salida. La fue acorralando hasta que consiguió atraparla entre sus manos.

Ursula se debatió. Ambos cayeron al suelo y allí, sujetándole la

garganta, Pietro comenzó a golpearle la cabeza contra el pétreo suelo hasta que notó un ruido cascado y las losas se tiñeron de sangre.

Al levantar las pupilas vio que sólo quedaban tres velas encendidas en cada uno de los candelabros.

Pietro jadeaba y reía. Tomó el cadáver de Ursula por los ensangrentados cabellos rubios y lo arrastró sobre el pavimento.

Al llegar ante la puerta cerrada, vio la llave colocada en la cerradura. Ignoraba si la había puesto Maxim o el mismísimo diablo.

Abrió la puerta y descubrió la sala oscura y paradójicamente iluminada por los cuatro cirios que custodiaban el macabro tesoro.

Pietro empujó el cadáver de Ursula en dirección a la calavera de oro con las gemas engarzadas. El cadáver no se hundió en el lodo y Pietro jadeó de satisfacción.

Aguardó a que flotara por completo y entonces, con cierto cuidado, puso su pie sobre el cuerpo. Tampoco se hundió y, tambaleándose, avanzó hacia la calavera.

Apoyó su pie encima del rostro de Ursula, guardando el equilibrio. Estiró las manos y tomó la valiosa calavera alzándola en el aire, notando su enorme peso que en vez de preocuparle le congratuló, pensando en el beneficio.

Las esmeraldas estaban engarzadas en la base de la calavera y se las llevó consigo, echando a caminar hacia atrás.

—¡Pietro!

Pietro, con la calavera en su mano, se volvió hacia la puerta.

—¡Maurice, Colette, mirad, mirad, es mía, mía!

—¡Asesino! —le acusó la muchacha.

—Estúpidos, ¿no veis que era la única forma de cogerla? Ella era una zorra.

—¡Tírala, Pietro, tírala, está maldita, es diabólica! ¿No te has dado cuenta de ello? —le dijo Maurice.

—¡Nunca, es mía, mía! —gritó, obsesionado.

—¡Estás maldito, Pietro, maldito! —acusó Colette.

—Maldito pero rico, tengo esto. Mirad, mirad…

Alzó la valiosa calavera y ésta se fue ennegreciendo hasta convertirse en carbón mientras en toda la mansión se escuchaban horrendas carcajadas.

—¿Qué pasa, qué ha sucedido? —preguntó Pietro, aterrado.

—Idiota —le increpó Maurice—. ¿Es que no te has entretenido en estudiar los libros de demonología y pactos satánicos? Las riquezas obtenidas de esa forma se convierten luego en tierra, piedra o carbón, porque lo que quería Satán ya lo ha conseguido. Te has convertido en un maldito asesino.

En aquel instante, el cuerpo de Ursula se hundió en el lodo negro y nauseabundo. Pietro quiso saltar hacia delante, pero sus manos habían quedado como pegadas a aquella calavera negra. Torpemente, cayó de costado.

—¡Socorro, salvadme! —gritó Pietro, hundiéndose en la ciénaga.

Maurice trató de ayudarle, más sus pies se hundían y Colette jaló de él, impidiendo que también se hundiera en el lodo.

Vieron desaparecer a Pietro sin poder hacer nada. Colette se echó atrás, horrorizada, y Maurice cerró la puerta.

—¡Rofocale, Asmodeo, Satán, estarás satisfecho! —gritó Maurice Lawal.

Se escucharon carcajadas que retumbaron en todo el caserón.

En los candelabros de las escaleras sólo quedaban dos luces encendidas. Maurice tomó a Colette por la mano y tiró de ella aprisa, dándose cuenta de que la puerta comenzaba a cerrarse como si quisieran encerrarlos dentro del horrendo caserón con los espectros de los muertos en el pecado del pacto con Satán.

Empujó la muchacha hacia el exterior mientras las risotadas se escuchaban fuertes.

Maurice luchó como pudo con la puerta que le había atrapado medio cuerpo y le impedía salir, asfixiándole lentamente.

—¡Ayúdame, Colette!

—¡No puedo, no puedo!

—¡Arremete con el coche en que hemos venido y fuerte, sin miedo!

—¡Puedo atropellarte a ti!

—Confío en tu pericia, Colette, pero aprisa, me está rompiendo los huesos esta maldita puerta.

Colette subió al coche, lo puso en marcha y arrancó violentamente contra la puerta. Pasó rozando a Maurice. La puerta saltó hacia dentro y el vehículo quedó en el gran salón.

La joven saltó del coche y corrió hacia Maurice que se

tambaleaba.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sube al *jeep*.

Maurice, que conocía bien el microbús «Volkswagen», arrancó el manguito de la gasolina. Lo puso en marcha chorreando carburante y lo introdujo en el caserón. Lanzó una cerilla y rápidamente se incendió.

El fuego del «ataúd rodante» se propagó al automóvil alquilado y se produjeron dos fuertes explosiones. Toda la edificación comenzó a arder y las risas se transformaron en lamentos y aullidos.

Colette tuvo la impresión de ver sombras espectrales retorciéndose entre el fuego. Maurice le pidió:

—No mires atrás, no mires.

Subieron al *jeep* «Commander» y partieron a toda velocidad, olvidándose de que existía un lugar llamado Here Village y un barón Olbaid que con sus maquiavélicas astucias había logrado llevarse consigo las almas de los que habían cedido a la codicia.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.